

LOS CULTURAL STUDIES.
HACIA UNA DOMESTICACIÓN DEL PENSAMIENTO SALVAJE

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE PERIODISMO Y COMUNICACIÓN SOCIAL

Decano
Carlos Guerrero

Vicedecano
Marcelo Belinche

Secretario Académico
Alejandro Verano

Secretaria de Investigaciones Científicas y Posgrado
Florencia Saintout

Secretario de Extensión Universitaria
Jorge Castro

Secretario de Producción y Servicios
Omar Turconi

Secretario de Planificación y Gestión
Luciano Sanguinetti

Secretaria de Integración con las Organizaciones de la Comunidad
Cecilia Ceraso

Secretario de Asuntos Administrativos
Gustavo González

Secretario de Coordinación
Sergio Boscariol

Prosecretario Académico
Leonardo González

Prosecretaria de Investigaciones Científicas y Posgrado
Nancy Díaz Larrañaga

Prosecretario de Producción y Servicios
Emiliano Albertini

Prosecretario de Asuntos Administrativos
Rubén Liegl

Av. 44 N° 676
La Plata - Provincia de Buenos Aires
República Argentina
C.P. 1900
Tel. / Fax: 54-221- 4224090 / 4224015 / 4236778 / 4236783 / 4236784
E-Mail: sicp@perio.unlp.edu.ar



ALGUNOS TÍTULOS EDITADOS.

LA INVESTIGACIÓN EN COMUNICACIÓN DESDE LA PERSPECTIVA CUALITATIVA
GUILLERMO OROZCO GÓMEZ

COMUNICACIÓN/EDUCACIÓN: ÁMBITOS, PRÁCTICAS Y PERSPECTIVAS
JORGE A. HUERGO

COMUNICACIÓN, MEDIOS Y CULTURA. LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN EN LA ARGENTINA. 1986-1996
JORGE RIVERA

LA INVESTIGACIÓN DE LA COMUNICACIÓN DENTRO Y FUERA DE AMÉRICA LATINA. TENDENCIAS, PERSPECTIVAS Y DESAFÍOS DEL ESTUDIO DE LOS MEDIOS
GUILLERMO OROZCO GÓMEZ

CULTURA Y COMUNICACIÓN: ENTRE LO GLOBAL Y LO LOCAL
NÉSTOR GARCÍA CANLINI

CONFLICTO Y COMUNICACIÓN EN LA GLOBALIZACIÓN
ANGEL TELLO

HISTORIA DEL PERIODISMO DE DENUNCIA Y DE INVESTIGACIÓN EN LA ARGENTINA. DE LA GACETA A OPERACIÓN MASACRE (1810-1957)
MARTÍN MALHARRO, DIANA LÓPEZ GHSBERTS

LA PRENSA Y EL PERONISMO: CRÍTICA, CONFLICTO, EXPROPIACIÓN.
CLAUDIO PANELLA, CÉSAR ARRONDA, VILMA SANZ, MARCELO FONTICELLI

UNA MIRADA PERIODÍSTICA SOBRE LA COTIDIANIDAD PLATENSE (1882-1900)
CÉSAR DÍAZ, MARIO GIMENEZ, MARÍA PASSARO

COMUNICACIÓN Y MEDIOS. CLAVES PARA PENSAR Y ENSEÑAR UNA TEORÍA LATINOAMERICANA SOBRE COMUNICACIÓN.
LUCIANO SANGUINETTI

LOS PROCESOS DE EDICIÓN PERIODÍSTICA EN LOS MEDIOS GRÁFICOS. EL CASO CLARÍN.
WALTER MICELI/MARCELO BELINCHE

La Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata entiende, como tal, que, tanto desde la docencia y la investigación, como desde la producción efectiva y la integración con la comunidad, la universidad pública está obligada a asumir el compromiso y la responsabilidad de dar respuesta a las diversas problemáticas que los procesos comunicacionales plantean a las sociedades contemporáneas.

Con tal convicción, ha implementado las Ediciones de Periodismo y Comunicación, colección destinada a difundir materiales de producción e investigación generados dentro del ámbito de la Facultad. Aspira, pues, con ellas a la definición de un espacio de creación e intercambio académicos, cuyo objetivo central se orienta a lograr, en el campo de las comunicaciones, la articulación eficaz entre actividad teórica y realización práctica, capaz de satisfacer con aportes genuinos la certeza inicialmente enunciada.

Ediciones de Periodismo y Comunicación

Director General
Carlos Guerrero

Director Editorial
José María Ferrero

Directores de Producción
Alejandro Verano
Omar Turconi

Secretarios de Redacción
Pablo Blesa
Paula Pedelaborde
María Elena Beneitez

Comité Editorial

Eduardo Alegre Gálvez - Lucrecia Arceguet - Adriana Archentti
Raúl Barreiros - Marcelo Belinche - Jorge Bernetti - Cecilia Ceraso
Martín Cortés - Carlos Cozzi - Alicia Darlan - Cielito Depetris
Graciela Falbo - Carlos Giordano - Claudio Gómez - Jorge Huergo
Mirta Jurío - Gabriel Lamanna - Martín Malharro - Alberto Mego
Miguel Mendoza Padilla - Carlos Milito - Claudio Panella - Roberto Pedrozo - Flavio Peresson - Sergio Pujol - Julio Real - Dinah Rimoli
Flores Saintout - Luciano Sanguinetti - María Elena Sanucci - Inés Seoane Toimil - Angel Tello - Héctor Thompson - Alfredo Torre
Ramón Torres Molina - Omar Turconi - Washington Uranga - Carlos Vallina - Claudia Villamayor - Jorge Zuviría

*LOS CULTURAL STUDIES.
HACIA UNA DOMESTICACIÓN
DEL PENSAMIENTO SALVAJE*

cultura Libre

Ediciones de Periodismo y Comunicación N° 20

LOS CULTURAL STUDIES.

HACIA UNA DOMESTICACIÓN DEL PENSAMIENTO SALVAJE

ARMAND MATTELART / ERIK NEVEU

Ilustración de tapa

Adolfo Nigro. Dibujo realizado en tinta china sobre papel,
inspirado en la novela «El Barón Rampante», de Italo Calvino.

Arte, diseño y composición láser

Area de Producción Gráfica

Departamento de Producción y Servicios en Comunicación

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata

Derechos Reservados

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata

Ediciones de Periodismo y Comunicación

Prohibida su reproducción total o parcial

sin la autorización de los autores o los editores.

La Plata, Provincia de Buenos Aires, República Argentina.

Septiembre de 2002.

I.S.B.N. N° 950-34-0240-9

Impreso en la Argentina.

ARMAND MATTELART / ERIK NEVEU



*Ediciones de Periodismo
y Comunicación*

PRÓLOGO (por Florencia Saintout)	13
PREFACIO	19
I - Los "Cultural Studies" antes de los "Cultural Studies"	23
La "gran tradición" de la literatura inglesa	23
Construcción de una red intelectual	27
II - Años "Birmingham"	33
La mancha de aceite: lo "cultural"	34
Dominaciones y resistencias	36
CCCS, Import Company	41
Los límites de una empresa colectiva	44
III - ¿Un "giro" etnográfico?	50
¿Giro o reescritura de la historia?	50
Giro epistemológico, giro político	52
Relevos generacionales	56
IV - El Big Bang de los Cultural Studies	59
Las tensiones de la institucionalización	60
El estallido	63
Un desafío clave: la globalización	65
Tratados de paz	69
V - Para concluir provisoriamente	74
Entre la última moda teórica y la reinención de los "clásicos"	74
ANEXO	81
SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA	85
BIBLIOGRAFÍA	87

Armand Mattelart

es profesor de ciencias de la información y la comunicación en la Universidad de Paris 8 (Vincennes-Saint Denis) y director del Centro de estudios sobre los medios, la tecnología y la internacionalización (Cemti). Entre sus más recientes obras traducidas al castellano están *Historia de la utopía planetaria e Historia de la sociedad de la información*.

Erik Neveu

es profesor de ciencias políticas en el Instituto de estudios políticos de Rennes y director del Centro de investigaciones administrativas y políticas (unidad asociada al CNRS, Centro Nacional de Investigación Científica de Francia). Es el autor, entre otros libros, de *Sociología de los movimientos sociales y Sociología del periodismo*, ambos traducidos recientemente al castellano.

Si Armand Mattelart habla en este libro de los "padres fundadores" de los *Cultural studies*, me gustaría comenzar esta presentación ubicándolo a él mismo como uno de los padres fundadores del campo de estudios de la comunicación en América Latina, esos que le dieron vida a unos modos propios de pensarnos.

Mattelart llegó como demógrafo a Chile a principios de los años sesenta. Fue precisamente la crítica a los modelos de planificación poblacional hegemónicos, de intervención vertical, lo que lo llevó al pasaje hacia la comunicación. Pero no sólo la crítica reflexiva, sino el calor de los acontecimientos políticos de los setenta, con los que se comprometió y a los que debemos una extensa obra de gran valor heurístico para la investigación, como por ejemplo el libro publicado en 1971 con Ariel Dorfman, *Para leer al Pato Donald*. Este texto configura hoy un hito fundacional de los estudios de la comunicación latinoamericanos por dos razones: porque planteó preguntas que nunca antes se habían formulado y porque a la vez habló de una experiencia, de un saber previo y disponible, latente, sobre el cual se abrieron otros caminos.

En el trabajo que aquí se presenta, *Los Cultural studies. Hacia una domesticación del pensamiento salvaje*, Mattelart, junto con el especialista en ciencias políticas Erik Neveu, hace un recorrido por los desarrollos principales del Centro de Investigaciones de Birmingham (CCCS). Pero lo hace volviendo a abrir caminos: señalando pasajes, recorriendo mapas, provocando la discusión desde las ausencias y desvíos. Más que una síntesis o un manual de los de Birmingham, hay una apelación a repensar uno de los campos de debate más ricos del pensamiento social contemporáneo y de la comunicación, en particular.

Es así como a partir de su texto surge la pregunta sobre los estudios de Birmingham en nuestro continente: ¿se puede hablar de Birmingham en América Latina? ¿se ha dado un diálogo o su estatuto es el de la "importación" acrítica, a la manera de una tradición teórica? ¿hay una única manera de concebir los *Cultural studies*? Para comenzar a pensar respuestas, será necesario situar las condiciones de emergencia de los *Cultural studies* en América Latina.

Desde la cultura

Alrededor de los años ochenta, se hizo explícito en el campo de la comunicación latinoamericana un proyecto: pensar la comunicación desde la cultura; asumir que, al hablar de comunicación, era insoslayable la pregunta por los modos de construcción social del sentido. La y-comunicación y cultura- fue reemplazada por la barra-comunicación/cultura-, lo que significó pensar la imposibilidad de un tratamiento por separado de ambos territorios. Este desplazamiento se dio en el marco de la denominada crisis de paradigmas en las ciencias sociales y en un contexto de retorno de las democracias, luego de la profunda ruptura política y epistemológica en la investigación social provocada por las dictaduras militares.

La comunicación dejó de ser una cuestión de técnica, de medios como instrumentos, para transformarse en dimensión constitutiva de las prácticas sociales. Pero también la noción de cultura se entendió desde un desplazamiento o desbloqueo: no como mera reproducción, reflejo de las condiciones materiales de existencia, sino también como producción y recreación social del sentido. La cultura como esfera que unifica las esferas de la producción (la economía) y de las relaciones sociales (la política). Como el terreno donde se lucha por la hegemonía, es decir, por el poder de nombrar legítimamente las visiones y divisiones del mundo.

Ubicar la comunicación en la cultura de la mano de la crisis de la modernidad y de los relatos que la explicaban se conjugó, además, con otros dos movimientos centrales. Por un lado, con la crítica del poder, que permitió conceptualizarlo como relación y no sólo como imposición, relocalizando su problematización en la vida cotidiana. Esto dio lugar a la pregunta por la resistencia, por las tácticas del débil para reinventar los órdenes dominantes. Por otro lado, el movimiento de la comunicación hacia la cultura se dio en medio de una crítica profunda

al estructuralismo como paradigma hegemónico de interpretación de lo social, que anunciaba el "renacimiento de las emociones", de la subjetividad largamente excluida por las epistemes dominantes.

Al cambiar las miradas, aparecen nuevas referencias para la investigación: se incorpora una compleja red de vertientes teórico-metodológicas que irán constituyendo nuevos objetos de estudio. En este contexto, los investigadores en comunicación latinoamericanos se "encuentran" con los trabajos de los *Cultural studies* de Birmingham⁽¹⁾: en primer lugar, con las investigaciones de Richard Hoggart, de Edward Thompson, de Raymond Williams, de Stuart Hall; para luego incorporar las investigaciones de aquellos que Mattelart y Neveu situarán como las terceras generaciones de los *Cultural studies*⁽²⁾.

Apropiaciones en América Latina

Los *Cultural studies* significaron herramientas básicas para pensar los medios como configuraciones culturales históricas, y la cultura, como aquello que designa la dimensión simbólica presente en todas las prácticas, afirmando su imbricación en lo económico y social, a la vez que creándose la posibilidad analítica de distinguirla.

Contrariamente a lo que plantean ciertas formas escolarizadas de enseñanza de la comunicación, este encuentro de los investigadores latinoamericanos con Birmingham no se hace desde la nada, no se da en el vacío, sino que se inscribe en una larga tradición de pensamiento que, sobre la relación cultura/sociedad, se venía dando en nuestro continente. A la hora de la "incorporación institucional" de los *Cultural studies*, ya se trabajaba especialmente un aspecto clave desde esta perspectiva que tiene que ver con la problematización de las culturas populares -casi siempre bajo la forma de "lo popular", "el pueblo", las "clases dominadas"- en relación con la desigualdad y la diferencia hacedoras de lo social. Desde aquí se habían formulado muchas de las preguntas con respecto a las industrias culturales. El mismo Mattelart formó parte de aquellos intelectuales que percibieron una matriz cultural popular negada por las culturas dominantes, pero donde también se escondía un *plus* que abría la posibilidad de resistencia y transformación. Y quizás por eso también el encuentro fue tan rico.

Ha habido innumerables críticas a la lectura y apropiación que de los *Cultural studies* de Birmingham se realizaron en los últimos años en

América Latina. Las más sólidas tuvieron que ver fundamentalmente con una utilización de corte culturalista, donde las dimensiones del poder se desdibujan, apareciendo la idea de que los sentidos flotan en el aire sin ningún tipo de constricción material. A esta lectura cargada de lo peor del posmodernismo, se ha sumado la crítica a la incorporación de los *Cultural studies* como moda, sin la necesaria reflexión epistemológica; la denuncia de la utilización de la etnografía como receta salvadora de toda situación de investigación; la crítica a la ubicación bajo el "rubro" de *Cultural studies* de una diversidad enorme de tradiciones teóricas, muchas de las cuales, incluso, se contraponen entre sí; la sospecha de una carencia en la investigación empírica; etcétera.

Pero, más allá de las críticas o justamente porque fueron posibles estas críticas -la reflexibilidad sobre lo hecho es una de las condiciones insoslayables para la producción de conocimiento-, podemos decir que en América Latina se han dado usos absolutamente creativos de los *Cultural studies*. Si como escribe Morley, "el lugar que ocupan y la importancia que adquieren los *Cultural studies* varían de un contexto a otro, y se los debe vincular al carácter específico de formas locales de discurso político e intelectual en tanto cultura"⁽³⁾, en América Latina no sólo se rompió con una posible lectura ortodoxa o doctrinal, sino que se produjeron planteamientos históricos/territoriales de la cultura.

En este sentido, cabe mencionar los trabajos de Jesús Martín-Barbero, donde se pregunta por la emergencia de lo popular en la cultura masiva de la modernidad latinoamericana, y de Néstor García Canclini sobre los modos complejos de existir de las culturas populares en el capitalismo. O las investigaciones sobre culturas urbanas llevadas adelante por Rossana Reguillo. Como también debemos nombrar el profundo análisis de las culturas contemporáneas de Aníbal Ford, las investigaciones sobre consumo cultural de María Cristina Mata, los estudios de recepción realizados por Guillermo Orozco Gómez, la propuesta de los Frentes Culturales de Jorge Gonzalez, la problematización de la cultura global desarrollada por Renato Ortiz...

La lista, incompleta, podría multiplicarse hasta al infinito, desafiando la idea de que para "muestra alcance un botón". Pero lo que aquí importa es señalar cómo es que no sólo hubo en América Latina un reconocimiento de los *Cultural studies* sino que logró hacerse también una reapropiación original de las herramientas teórico-metodológicas por ellos planteadas. Tanto es así que para fines de los noventa tenemos en

el campo de la comunicación que no sólo hay también un gran número de investigaciones empíricas con claras definiciones de objetos de estudio, encaradas desde la problemática cultural como dimensión específica, sino que hay un reconocimiento internacional de una perspectiva latinoamericana al respecto. "Poco a poco nos fuimos dando cuenta de que estábamos dejando de ser invitados a Europa o a los Estados Unidos como 'informantes nativos' de las exóticas prácticas comunicacionales latinoamericanas para pasar a ser colegas que debaten con los del primer mundo como contemporáneos, aunque cada cual desde su territorio"⁽⁴⁾. La mejor prueba de esto la dio el Encuentro organizado por Philip Schlesiger en Sterling, Escocia, en noviembre de 1996, cuyo objetivo fue el debate de los trabajos sobre comunicación y cultura latinoamericanos, donde como comentaristas estuvieron intelectuales de la talla de Stuart Hall, Marjorie Ferguson y Helge Roning.

Entre otras cuestiones, el agradecimiento

La Facultad de La Plata ha sido la primera en fundarse en América Latina, en el año 1934, como escuela de periodismo, con el objeto de formar en el oficio de la escritura periodística. Como todos los ámbitos académicos en el continente, ha estado siempre atravesada por los acontecimientos histórico-políticos. Es así como, a fines de los años sesenta y principios de los setenta, en las aulas se comienza a trabajar una perspectiva de crítica, de reflexión frente al lugar de los medios masivos en la sociedad y se produce un cruce con el trabajo de Armand Mattelart. Desde esos años, y con los avatares y rupturas de la historia, el encuentro nunca se perdió, lo que hoy permite publicar *Los Cultural studies. Hacia la domesticación del pensamiento salvaje*, sabiendo que se inscribe en toda una amplia trayectoria de pensamiento.

Como anunciaba en párrafos anteriores, este texto no es un manual de recorridos fijos sobre Birmingham, sino una apelación a repensarlos. Hace emerger el conflicto, los modos reticulares del diálogo. Para la Facultad, ávida siempre de saberes y políticas, y para la comunidad académica en general, el material aquí presentado significará seguramente nuevas oportunidades para la investigación y la reflexión. Pensar hoy las múltiples dimensiones de la cultura, el lugar de los medios en los modos de estar juntos, en las formas de constituir los nos/otros, pareciera ser imprescindible en un mundo cada vez menos transparente. Y,

con este objeto, Mattelart y Neveu nos acercan unas posibles herramientas. Para ellos, un inmenso agradecimiento.

Florencia Saintout

Secretaria de Investigaciones Científicas y Posgrado
de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP.

PREFACIO

El objetivo de este libro, basado en un largo trabajo publicado en las revistas *Réseaux* (1996) y *Telos* (1997), es trazar la genealogía de una vasta corriente de investigaciones nacida en los años sesenta en Gran Bretaña, que se conoce con la denominación de *Cultural studies*, y cuyo Centre for Contemporary Cultural Studies (CCCS) de la universidad de Birmingham constituye la rampa de lanzamiento. En sus comienzos, la originalidad de este enfoque reside en problematizar la cultura como el lugar central de una tensión entre los mecanismos de dominación y resistencia. El análisis de la ideología moviliza, por lo tanto, una investigación fuertemente comprometida con la sociedad. Es dentro de esta corriente donde emerge una versión europea del estudio etnográfico de las culturas populares. Asimismo, en el seno de esta red, se desarrolla un análisis de las subculturas y los estilos de vida de diversos componentes de la juventud de los años setenta, de sus prácticas culturales y de su relación con los medios de comunicación social. En torno al CCCS, también se elaboran trabajos que analizan -bajo el prisma de una semiología revisada y corregida por el marxismo y el estructuralismo- las significaciones y dimensiones ideológicas de la prensa, la programación radial, la información y la ficción televisivas. Finalmente, a través de los *Cultural studies* las problemáticas de la etnicidad y de las identidades sexuales encuentran su legitimidad entre las herramientas de análisis de la cultura, comenzando por la que difunden los medios de comunicación.

El inmenso campo de análisis de la recepción de los medios de comunicación que se ha desarrollado en todo el mundo desde hace unos veinte años encuentra uno de sus orígenes esenciales en la dinámica de los debates e investigaciones nacidos en Birmingham en los años setenta. Y si bien es importante, este ejemplo no es el único. Uno de los primeros "manuales" de "comunicación" que se produjo en Europa y se destinó a un público amplio de estudiantes -incluso antes del nacimiento y la generalización de las carreras universitarias en este campo interdisciplinario- fue redactado en 1962 por Raymond Williams, uno de los inspiradores de esta corriente. En terrenos tales como el análisis de la publicidad, la televisión y el papel de los medios en la estructuración de

⁽¹⁾ No es que antes no se hubieran trabajado las reflexiones de Birmingham. Ya en la Argentina, por ejemplo, Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, a través de la revista *Punto de Vista*, habían incorporado las lecturas de Raymond Williams y de Richard Hoggart, especialmente. Pero estas lecturas se habían hecho más en relación con la sociología de la literatura que con la problematización de la comunicación. Hay que mencionar aquí la temprana incorporación del trabajo de Hoggart por parte de Jaime Rest, en la década del sesenta.

⁽²⁾ En este sentido es importante el aporte de Aníbal Ford a través de la colección por él dirigida en Amorrotu: Biblioteca de comunicación, cultura y medios.

⁽³⁾ Martín-Barbero, Jesús: "Aventuras de un cartógrafo mestizo en el campo de la comunicación", ponencia presentada en el Encuentro de Comunicación, Cartagena de Indias, 1999, p. 11.

⁽⁴⁾ Morley, David: *Televisión, audiencias y estudios culturales*. Buenos Aires, Amorrotu, 1996.

las sociabilidades privadas y públicas, también se encuentran contribuciones "seminales" -para retomar un adjetivo inevitable y desde entonces políticamente incorrecto- surgidas en esta corriente. A partir de los años setenta, los debates alrededor del culturalismo a los que se asiste en Gran Bretaña dejan entrever las diferencias entre el proyecto intelectual de los partidarios de los *Cultural studies* y el de los pioneros de la economía política de la comunicación.

Inscripto en filigrana en el recorrido de los primeros investigadores de los *Cultural studies* se halla el deseo de oponerse al paradigma -entonces dominante- de la *mass communication research* de la sociología funcionalista estadounidense. De ahí, por ejemplo, su redescubrimiento de la Escuela de Chicago.

Por otra parte, como se sabe, en los sesenta y en la primera mitad de los setenta, el mismo deseo suscita en todo el mundo la creación de focos de investigación crítica. Esta efervescencia se observa en sociedades tan diversas como las de Argentina, Brasil, Chile o los países andinos. Y en Europa, por ejemplo, en Francia, Italia y España. Las miradas alternativas que estos focos proponen sobre los procesos de comunicación son muy variadas. Reflejan los contextos político-culturales en los que nacieron y cobraron sentido. La irrupción de este pensamiento crítico en todo el mundo no significa, sin embargo, que se establecerá entre focos de investigación y tradiciones intelectuales nacionales una circulación y un intercambio estimulante de la experiencia adquirida. De este modo, si bien la lingüística estructural en su versión francesa se internacionalizó a partir de los años sesenta -y estos estudios se transformaron en clásicos, marcando su huella en el conjunto de intentos nacionales de reconstrucción del campo de reflexión, tanto en América Latina como en Europa-, habrá que esperar a la crisis de las filosofías monolíticas del poder para que los *Cultural studies* extiendan su esfera de legitimidad al ámbito internacional. Esto se produce fundamentalmente a partir de los años ochenta, es decir, en un período en el que los propios *Cultural studies* se enfrentan, en su territorio de origen, a un contexto político muy diferente del que prevalecía en su momento pionero.

Con los *New Times* políticos, marcados por el neoliberalismo de la era Thatcher y por la rápida institucionalización académica de los *Cultural studies*, los ejes de la investigación se desplazan hacia las modalidades de la recepción de los medios de comunicación. En la década de los noventa, la ambigüedad se instala y las derivas hacia los metadiscursos dan testi-

monio del agotamiento de un paradigma demasiado unilateral. Al observar una parte -por cierto, extrema pero en gran medida reveladora- de la corriente, algunos polemistas creen incluso descubrir una "deriva populista", un "nuevo revisionismo" que habría tirado por la borda todo propósito crítico, para hacerse auxiliar y celebrante de los programas de una cultura que, ayer nomás, fustigaba. Nuestra genealogía trata de volver a situar los debates y los callejones sin salida; subraya la necesidad de una renovación, de nuevas conexiones disciplinarias, de nuevos viajes de ida y vuelta hacia las ciencias sociales.

La evolución que observamos en el seno de los *Cultural studies* también se encuentra, *mutatis mutandi*, en muchos otros campos de las ciencias de la información y de la comunicación. De hecho, ningún foco de investigación crítica quedó al margen de estas sacudidas y revisiones. Todos fueron (y siguen siendo) atravesados por su propia versión de los *New Times* políticos y afectados por la crisis de la relación entre los actores de la investigación y la sociedad. Cada vez es más claro que la desregulación y la privatización salvaje de los tecno-sistemas de información y comunicación corren parejas con una profunda desestabilización de los universos conceptuales.

Este libro tiene, a su vez, un alcance más amplio que el de una sencilla monografía. Propone un análisis histórico de la constitución de un campo de estudios. Rompe con los balances que, demasiado a menudo, son complacientes y llegan hasta el límite de la beatificación. Quiere recordar que un compromiso crítico de los investigadores no es ni una pose o una concesión a mitologías marchitas sobre el intelectual comprometido, ni una incapacidad vergonzosa, ni una traba al saber, sino que suele ser el combustible para una comprensión de los hechos sociales de la que dan testimonio las grandes horas de Birmingham. En estos tiempos, en los que el saber de los expertos y la ingeniería social en nuestras sociedades se expanden en detrimento de la memoria; en los que la ortodoxia tiende a ocultar el contexto de las enunciaciones del saber y, por lo tanto, las formas que toma su socialización, este enfoque genealógico se plantea como una modesta contribución y un aliento a seguir el trabajo riguroso de deconstruir para reconstruir mejor.

Armand Mattelart y Erik Neveu

El objetivo de un balance crítico sobre los *Cultural studies* se ve facilitado por la verdadera oleada de síntesis, *readers* y miradas retrospectivas que produce actualmente la edición científica anglosajona (Branthling, 1990; During, 1993; Chaney, 1994; Davies, 1995). Pero esta abundancia de retrospectivas crea también dificultades. Cuando se abren cada semestre departamentos o cursos de *Cultural studies* en universidades norteamericanas, canadienses, australianas e incluso latinoamericanas y asiáticas, mientras se esfuman poco a poco los padres fundadores, las retrospectivas se convierten, en gran parte, en una maniobra de captación de herencia. La excesiva producción de balances sirve a menudo a sus autores como reivindicación de legitimidad, que les da la autoridad necesaria para contar la verdadera historia de una aventura intelectual y declararse sus legatarios⁽¹⁾. Tal no es nuestro propósito. Al seguir un hilo histórico, intentaremos reconstituir las articulaciones y las etapas de una aventura científica innovadora y sugerir su fecundidad, así como las condiciones sociales de su éxito. Al observar que la situación contemporánea de dicha corriente se caracteriza por la fragmentación y la trivialización, intentaremos destacar tanto las amenazas de esterilidad como las potencialidades de una nueva dinámica intelectual cuyos desafíos son, de un modo indisociable, científicos y políticos.

I - Los "Cultural Studies" antes de los "Cultural Studies"

La "gran tradición" de la literatura inglesa

A lo largo del último tercio del siglo XIX surgió una problemática conocida bajo la denominación de "*Culture and Society*", por la que se interesaban autores tan distintos como Matthew Arnold, John Ruskin o William Morris⁽²⁾. Más allá de sus diferencias políticas -al contrario de

los dos primeros, Morris, tras un largo desvío por la poesía romántica, empieza a militar en la izquierda política y es uno de los fundadores de la *Socialist League*, los tres comparten una misma actitud crítica, de tipo culturalista, hacia la "civilización moderna". Estigmatizan al siglo XIX como el "siglo de las calamidades", en el que triunfan el "mal gusto" de la "sociedad de masa" y la "pobreza de su cultura". Trabajo mecanizado, urbanismo inorgánico, uniformización en el vestir, proliferación de paneles publicitarios, omnipresencia de productos alterados, todo esto desfiguró la vida cotidiana y destruyó el "deseo de producir cosas hermosas". Centrada en las nociones de beneficio y producción, la mentalidad utilitarista de la nueva clase media en el poder redujo el arte al papel de ornamento no rentable. Si se la compara con los países del Continente, la sociedad victoriana está, en aquel entonces, en la vanguardia, por lo que respecta al nacimiento de formas culturales vinculadas con el sistema industrial. A esta precocidad se debe sin duda, por lo menos en una gran medida, el que algunos de sus intelectuales se hayan adelantado en las críticas contra las "consecuencias culturales del advenimiento de la civilización moderna". Raymond Williams dio buena muestra de dicha precocidad cuando describió la génesis del sistema publicitario británico como "sistema organizado de información y persuasión comerciales", piedra de toque del sistema de los medios de comunicación social. Por ejemplo, es en la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XIX donde se libran las primeras escaramuzas jurídicas acerca de la regulación de este tipo de actividad. Fue de ahí de donde surgieron las primeras críticas activas a este tipo de cultura industrializada, inherente a un "capitalismo a gran escala", y también fue este país el que alumbró los primeros códigos deontológicos y las primeras organizaciones corporativas de defensa de la profesión, tanto a nivel nacional como al de las alianzas internacionales (Williams, 1991). Gran Bretaña se adelanta al resto del continente en cada generación técnica (por ejemplo, en 1962 el 82 por ciento de sus hogares está dotado de televisores, porcentaje que se reduce a un 27 por ciento en Francia, un 29 por ciento en Italia y un 41 por ciento en la República Federal Alemana).

Figura central en la tradición "*Culture and Society*", Matthew Arnold, autor de *Culture and Anarchy* (1869), preconiza la enseñanza de la literatura inglesa en las escuelas del Estado como medio para salir de la crisis ideológica en la cual está hundida la sociedad desde que la religión dejó de cohesionarla. Sin embargo, el papel emancipador que, supuestamen-

te, debían desempeñar las grandes obras literarias, no tarda en revelar su ambigüedad social. Si bien esta empresa de transmisión de los valores morales a través del libro *heleniza* a la clase media no ilustrada, la nueva clase dominante, también le encomienda la misión cívica de pacificar e integrar a la clase obrera. Como apunta con ironía Terry Eagleton, teórico de los estudios literarios y culturales: "si las masas no reciben algunas novelas en la cabeza, corremos el riesgo de que nos tiren algunos adoquines" (Eagleton, 1994, 24). Resulta significativo que haya sido primero en las escuelas técnicas, en los colegios de formación profesional y en los cursos de educación permanente donde empezó a institucionalizarse la enseñanza de la literatura humanística.

No es sino durante el período de entreguerras cuando se introducen realmente los "estudios ingleses" entre las asignaturas de las universidades de Oxford y Cambridge, por iniciativa de docentes oriundos de la pequeña burguesía, quienes, por vez primera, llegan hasta estas altas esferas de la aristocracia. Su artífice es Frank Raymond Leavis (1895-1978), hijo de un comerciante de instrumentos musicales. Fundada en 1932 como órgano de expresión del movimiento leavisiano, la revista *Scrutiny* se convierte en el centro de una cruzada moral y cultural contra el "embrutecimiento" practicado por los medios de comunicación social y la publicidad. Se aprovecha cualquier oportunidad para reafirmar la capacidad liberadora del aprendizaje, bajo la tutela de la elite culta, de la "Gran Tradición" de la ficción inglesa. Eagleton enjuicia con severidad el balance de la publicación leavisiana y su fe incondicional en la capacidad de los nuevos educadores para frenar la "degeneración de la cultura": "La revista opta por esta 'solución idealista' porque se rehúsa a considerar una solución política. No cabe duda de que la utilización de las clases de literatura inglesa para advertir a los alumnos contra la fuerza manipuladora de la publicidad o la pobreza lingüística de la prensa popular es una tarea importante, mucho más que la que consiste en obligarles a memorizar 'la carga de la brigada ligera'. *Scrutiny* crea efectivamente estos '*Cultural studies*' en Inglaterra, lo que constituye una de sus realizaciones más duraderas. Pero también es posible explicar a los niños que, si la publicidad y la prensa popular existen bajo su forma actual, no es más que por motivos de provecho económico. La cultura de 'masa' no es la consecuencia inevitable de la sociedad 'industrial', sino el fruto de una forma particular de industrialismo, cuya organización de la producción se orienta más hacia los beneficios que hacia el uso y

que se interesa más por lo que podrá venderse que por lo que posee un valor auténtico" (Eagleton, 1994, 34).

Las posturas adoptadas por los leavisianos hacia el entorno industrial de la cultura no resultan en absoluto sorprendentes. Reflejan la mentalidad de la época. En Francia, casi al mismo tiempo, Paul Valéry denuncia la publicidad, a la que considera como "uno de los grandes males de este tiempo, que ofende nuestras miradas, falsifica cualquier epíteto, estropea los paisajes, corrompe cualquier cualidad y crítica". Por su parte, Georges Duhamel se refiere a una "empresa coercitiva y embrutecedora, un parásito, un factor de frustración permanente". En Italia, el premio Nobel Luigi Pirandello no encuentra palabras bastante duras para fustigar el "americanismo" y sus productos cinematográficos que consagran el culto al dinero. Todavía durante mucho tiempo semejantes anatemas van a estructurar el discurso imprecatorio que muchos representantes de las clases intelectuales europeas dirigen contra las consecuencias alienantes de los medios de comunicación masivos. En los años sesenta, Umberto Eco los considerará incluso como un rasgo constitutivo de la posición "apocalíptica". Por lo tanto, en ello no radica la originalidad del movimiento leavisiano. Lo que lo caracteriza es la terapia que propone aplicar sistemáticamente, con el fin de reanudar la "sociedad orgánica" anterior a la era industrial. De hecho, cuando militan a favor de la lectura metódica de la "Gran Tradición" de la ficción inglesa, los leavisianos no hacen sino impulsar una concepción nostálgica de la "anglicidad", próxima al chovinismo. Dicha característica no tardará en manifestarse a través de la selección de los autores que, supuestamente, encarnan la "Gran Tradición". Se escoge, por ejemplo, a D. H. Lawrence por su crítica a la falta de humanidad en el capitalismo inglés, pero se olvidan sus opciones de extrema derecha en lo que respecta a las ideas acerca de la organización de la democracia. *Scrutiny* dejó de publicarse en 1953, es decir, un cuarto de siglo antes de la desaparición de Leavis. El humanismo liberal de estos defensores de la gran literatura, supuestamente fuente de "salud moral", evolucionó, en la práctica, hacia el rechazo obsesivo de la sociedad técnica, a la que se condena como "cretina y productora de cretinos", y llegó a coincidir con las posiciones de la reacción política: "una fuerte hostilidad hacia la educación popular, una oposición implacable a la radio transistor y una profunda desconfianza hacia la apertura de la enseñanza superior a estudiantes embrutecidos por la televisión" (Eagleton, 1994, 42-43).

Construcción de una red intelectual

La verdadera institucionalización de los *Cultural studies* propiamente dichos resultará de la creación, en 1964, del Centro de Investigaciones de Birmingham (CCCS), que tendrá por objeto "las formas, las prácticas y las instituciones culturales, así como sus relaciones con la sociedad y el cambio social". Sin embargo, la etapa de cristalización que supone su instalación resultaría incomprensible si no se tomase en cuenta el proceso de maduración, iniciado casi diez años antes, que acaso esté simbolizado por las figuras de los tres padres fundadores que, al igual que los mosqueteros de Dumas, sumaban en realidad cuatro.

Si los primeros representantes de los *Cultural studies* comparten con sus antecesores leavisianos el rasgo de que muchos provenían del mundo de los docentes de literatura inglesa, se diferencian del todo de ellos en que establecen lazos con la cultura de las clases populares, de las que, por lo demás, muchos habían surgido. En 1957, se publica un libro de Richard Hoggart, cuyo papel como fundador de su campo de estudios será reconocido por los miembros del Centro de Birmingham: *The Uses of Literacy: Aspects of Working-Class Life with Special References to Publications and Entertainments*. El autor estudia la influencia de la cultura difundida en la clase obrera por los modernos medios de comunicación. Tras una descripción del entorno cotidiano de la vida popular, en la que hace gala de mucha sensibilidad etnográfica, este profesor de literatura inglesa analiza cómo las publicaciones destinadas a este público se integran en tal entorno. La idea central que desarrolla es que existe una tendencia a sobrevalorar la influencia de los productos de la industria cultural en las clases populares. "No hay que olvidar nunca - escribe al final del trabajo de investigación- que la actuación de las influencias culturales sobre el cambio de actitudes es muy lenta y que, a menudo, queda neutralizado por fuerzas más antiguas. La vida del pueblo no es tan pobre como podría deducirse de una lectura, incluso muy atenta, de su literatura. La demostración rigurosa de dicha afirmación no resulta fácil, pero un contacto continuo con la vida de las clases populares basta para darse cuenta de su veracidad. Incluso si las formas modernas de ocio alientan a la gente del pueblo a adoptar actitudes que, con razón, se consideran nefastas, no resulta menos cierto que sectores enteros de la vida cotidiana permanecen fuera del alcance de los cambios" (Hoggart, 1970, 378). Cabe señalar, de paso, el malestar del traduc-

tor francés de la obra, quien, en el texto, traduce *Working-Class* por "clases populares" y modifica el título original, convirtiéndolo en "La cultura del pobre", desenfoca que remite a las imprecisiones del estatuto teórico de las nociones de "popular" y "cultura popular" en Francia. Este tema ha sido analizado cabalmente por Jean-Claude Passeron, que introdujo la obra en Francia (Grignon y Passeron, 1989).

Los usos sociales de los medios de comunicación no responden forzosamente a la lógica de un poder devastador, inscripto en los rasgos estructurales de los mensajes. Al observar esto, Hoggart rompía con lo que, en aquel entonces, era el discurso crítico dominante acerca de la cultura de masa, que estaba marcado por lo que Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron denominaron "funcionalismo de lo peor", en un artículo titulado *Sociologues des mythologies et mythologies des sociologues* (Sociólogos de las mitologías y mitologías de los sociólogos) y publicado, en 1963, en *Les Temps Modernes*. En Francia, fuera de las reflexiones sobre la recepción activa de la producción cultural, hechas de un modo marginal por el sociólogo de la literatura Lucien Goldman y por el sociólogo del libro Robert Escarpit, no es sino al final de los años setenta, con las investigaciones de Michel de Certeau acerca de las "Arts de faire" ("Artes de hacer"), cuando quedará legitimada esta problemática referida a los usos furtivos de los consumidores.

Pero, pese a la precocidad con la que los análisis de Hoggart se centran en los receptores, sus hipótesis permanecen muy marcadas por los recelos hacia la industrialización en la cultura. La propia noción de resistencia de las clases populares, en la que se apoya el estudio de sus costumbres, queda anclada en esta creencia. Los juicios de valor, contra los cuales Hoggart advierte a sus lectores, navegan en un campo semántico configurado por el empleo de términos antinómicos como, por una parte, "sano", "decente", "serio" y "positivo", y, por otra, "hueco", "idiotizante", "trivial" y "negativo".

La resistencia al orden cultural industrial es una idea consubstancial a la multiplicidad de objetos de investigación que caracterizará los campos de investigación de los *Cultural studies* durante más de dos décadas. Remite, por supuesto, a la convicción de que resulta imposible abstraer la "cultura" de las relaciones de poder y de las estrategias de "cambio social". Por lo demás, este axioma compartido es el que explica la gran influencia que ejercieron sobre el movimiento los trabajos, inspirados en Marx, de otros dos *Founding Fathers* británicos que rompieron con las

teorías mecanicistas, ambos estrechamente vinculados con el trabajo pedagógico en los sectores populares: Raymond Williams y Edward P. Thompson. Los dos autores tienen en común una misma experiencia en la educación de adultos y mantienen un contacto estrecho con la *New Left*, cuya aparición en los años sesenta supone un renacimiento de los análisis marxistas. Thompson, que fue miembro del Partido Comunista hasta 1956, es uno de los fundadores de la *New Left Review*, una de las pocas revistas de izquierda en Europa que haya abordado, ya en aquellos años, la cuestión política de los medios de comunicación social (como lo atestigua, por ejemplo, la publicación en 1970 del famoso texto de Hans Magnus Enzensberger acerca de la "industria de la conciencia", el cual, por otra parte, no ha sido nunca traducido en Francia, por lo que los lectores de este país sólo pudieron conocerlo a través de la crítica de Baudrillard). Williams y Thompson comparten, sobre todo, un mismo deseo de superar los análisis que convirtieron a la cultura en una variable sometida a lo económico y que, al mismo tiempo que legitimaban el marxismo oficial, esterilizaron el modo de pensar las formas culturales. Como afirmaba Thompson en 1976, en una entrevista sobre su libro dedicado a la constitución de la clase obrera inglesa: "Mi preocupación principal a lo largo de mi obra ha sido la de abordar lo que considero en Marx como un auténtico silencio. Un silencio en el terreno de lo que los antropólogos denominan 'el sistema de valores'... Un silencio respecto de las mediaciones de tipo cultural y moral" (en Merrill, 1976). Se encuentra, tanto en Williams como en Thompson, la visión de una historia forjada por las luchas sociales y la interacción entre cultura y economía, en la que desempeña un papel central la noción de resistencia a un orden que lleva la huella del "capitalismo como sistema". Dicha actitud de ruptura respecto de la vulgata propalada por la metáfora genérica de "base/superestructura" lleva al redescubrimiento de las formas específicas que adoptaron el movimiento social y el pensamiento socialista en Gran Bretaña. Por eso, Thompson vuelve a leer los escritos de William Morris, un artista y utopista que, en su opinión, es uno de los "primeros marxistas importantes de lengua inglesa" y, sobre todo, uno de los primeros críticos de un materialismo limitado que condujo "al empobrecimiento de la sensibilidad, a la primacía de categorías que niegan la existencia efectiva (en la historia y el presente) de una conciencia moral, así como a la exclusión de toda una zona de pasión imaginaria" (en Merrill, 1976).

El trío de padres fundadores se completa con un cuarto hombre: Stuart Hall. Aunque tiene sólo ocho años menos que Thompson, pertenece a otra generación, que no participó directamente en la Segunda Guerra Mundial. Hall, clavija maestra de las revistas de la nueva izquierda intelectual, se diferencia también de aquella generación porque su producción científica sólo alcanza la madurez en el umbral de los años setenta. Eso no quita que sea un personaje clave para el éxito de los *Cultural studies*, ya que contribuyó de un modo decisivo al "mantenimiento" del Centro de Birmingham, merced a sus dotes de empresario científico y a su curiosidad intelectual insaciable que lo convertirá en uno de los grandes importadores de modelos conceptuales. En muchos aspectos, Hall encarna la situación liminar, la condición de interfaz de los *Cultural studies*: jamaquino radicado en Inglaterra, investigador y político, marxista abierto a un amplio abanico de contribuciones teóricas, universitario de formación literaria que se abre a las ciencias sociales. El artículo más famoso de Hall, sobre la "codificación" y la "decodificación" de programas televisivos, traduce cabalmente tanto su doble fuente de inspiración -la semiología y las teorías marxistas sobre la ideología-, como la fuerza de las propuestas programáticas que formula, e insiste especialmente en la pluralidad, determinada socialmente, de las modalidades de recepción de los programas.

La reducción de los *Cultural studies* a la obra prometeica de un cuarteto excepcional equivaldría, en el ámbito de las ideas, a sacrificaría a esas mitologías que explican las innovaciones técnicas por la actuación de inventores geniales. Más allá de su contribución teórica, los *Founding Fathers* también deben ser considerados como los constructores de redes que posibilitan la consolidación de nuevas problemáticas y como las encarnaciones de dinámicas sociales que afectan a amplias fracciones de las generaciones nacidas entre finales de los años treinta y mediados de los años cincuenta.

Merece la pena recordar la situación política en los años cincuenta. El año 1956 es a la vez el de Budapest y el de Suez. La invasión rusa a Hungría y la intervención de las tropas franco-británicas en contra del régimen de Nasser, generan, por una parte, una desilusión mayúscula respecto del modelo comunista -Thompson abandona entonces el Partido Comunista- y, por otra, incitan a los intelectuales ingleses a movilizarse contra el imperialismo. Como recuerda Ioan Davies (1995), el vocabulario político británico crea, en aquel entonces, la noción de

Butskellism, una contracción de los nombres de Butler, el Tory de izquierda, y de Gaitskell, el socialista centrista. La pérdida de atractivo del laborismo y el comunismo, el potencial movilizador de las luchas anticoloniales y la desconfianza ante las promesas de un consenso social, que se hubiese producido como por milagro gracias a la abundancia, van a desencadenar una serie de movimientos de reacción en los ámbitos intelectuales, dentro de un contexto de movilidad social ascendente, en el cual los jóvenes de clases medias o populares encuentran en el sistema escolar un trampolín que, hasta entonces, había resultado poco accesible. Lo demuestra la aparición, en el ámbito político, de una nueva izquierda, y en el de la literatura, de los *angry young men*. Una de las causas del impacto de los *Cultural studies* es homóloga a dichos mecanismos. La elevación -bajo la forma de certificación de dignidad- de las culturas populares, o de los estilos de vida y los fetiches culturales de las nuevas clases medias, al rango de objetos merecedores de una inversión académica también puede interpretarse en su dimensión de acompañamiento de la movilidad social -siempre incómoda- de las nuevas generaciones intelectuales⁽³⁾ o como una cuestión de honor, que hace proseguir la lucha política en el terreno académico.

En este terreno académico, dos formas de marginalidad marcan a las figuras fundadoras de los *Cultural studies*. En los casos de Williams y Hoggart -aunque también en el de Hall- se trata de su origen popular, que los convierte en personajes que chocan en el ámbito universitario británico. En Hall y Thompson interviene una dimensión cosmopolita, una experiencia de la variedad de culturas (que también tienen Benedict y Perry Anderson), la cual, aunque menos excepcional en los tiempos del Imperio Británico, no deja de conferirles un perfil intelectual específico, con lo que desarrollan una sensibilidad productiva hacia las diferencias culturales. Estas trayectorias sociales atípicas o improbables chocan con la dimensión socialmente muy cerrada del sistema universitario británico, con lo que los intrusos se ven condenados a la "opción" por inserciones externas a dicho sistema (la formación destinada a los adultos pertenecientes al medio obrero) o situadas en su periferia, como se puede deducir de la frecuencia con la que los fundadores están destinados a pequeños o recientes centros (Warwick), a instituciones establecidas al margen de las universidades (Birmingham) o a los componentes "extraterritoriales" del ámbito universitario (*Extra-mural Departements, Open University*)⁽⁴⁾. Esta dinámica centrífuga hubiese debido impedir

cualquier posibilidad de consolidación de un polo *Cultural studies*. Otra característica atípica de los *Founding Fathers*, la de su compromiso mayoritario con una orientación situada más allá de la de la izquierda laborista, contrarrestó dicho riesgo. Lo que la inaccesibilidad de Oxbridge imposibilita, las revistas lo hacen factible. Hall y Charles Taylor son los animadores de la *University and Left review*, que se creó en 1956. La pareja Thompson desempeña un papel clave en la *New Reasoner*, revista fundada en el mismo año y que sirve de órgano de expresión a la sensibilidad humanista de izquierda de antiguos miembros o disidentes del Partido Comunista británico. Como resultado de la fusión de ambos títulos verá la luz, en 1960, la *New Left Review*⁽⁵⁾. La propia revista queda articulada en unos cuarenta *New Left Clubs*, en los que Hall y Davies desempeñan un papel importante. Esta iniciativa contribuye a estructurar una red de conexiones entre militantes de la nueva izquierda e instituciones de educación popular. Asimismo, dentro del propio ámbito universitario, los investigadores muy interesados por temas ilegítimos y escogidos de acuerdo con su militancia política logran montar redes de intercambio intelectuales. La revista *Past and Present* y el *History Workshop* desempeñarán este papel, en el caso de los historiadores sociales (Brantlinger, 1990). Estos últimos valorizan especialmente, en la labor del historiador, la dimensión oral, el legado de culturas sin escritura, en lo que coinciden con parte de las orientaciones de los *Cultural studies* respecto de las culturas populares.

Valiéndonos de los modelos de la sociología de la traducción (Latour, 1989), podemos observar que, al dotarse de una revista que contribuyó a difundir un nuevo conjunto de autores y objetos de estudio, los heréticos y los marginales de fines de los años cincuenta supieron a la vez apoyarse en el terreno político para dotarse de medios de coordinación y proveerse de sólidas redes de aliados utilizando para ello su posición de "bisagra" entre el campo político y el académico⁽⁶⁾. Hasta la ocupación de las periferias universitarias resultará provechosa, cuando, a lo largo de la década de los setenta, el sistema se desarrolle a través de sus "suburbios", ya que la preservación de los santuarios académicos contra la democratización se realizará a través de la creación de Politécnicos y la fundación, en 1970, de la *Open University*. Esta doble red, política y universitaria, se manifestará también, durante esa década, a través de la aparición de editores científicos de izquierda (Harvester, Pluto, Merlin, Comedia) o feministas (Virago).

11 - Años 'Birmingham'

Incluso si, como afirmó Charlotte Brunsdon, "la oficina de turismo británica es la única que pretende que Birmingham esté en el corazón de Inglaterra", lo cierto es que la corriente de los *Cultural studies* va a cristalizar en esta ciudad de los Midlands. Es ahí donde se crea, en 1964, el Centre of Contemporary Cultural Studies (CCCS), con Hoggart como primer director. A lo largo de quince años, el Centro va a contribuir a la elaboración de una ingente cantidad de obras valiosas y va a constituir el lugar de formación de una generación de investigadores que aún animan, de un modo significativo, los lugares de producción de las ciencias sociales británicas (S. Frith, D. Hebdige, D. Morley).

Haría falta un libro sólo para describir detalladamente los períodos, debates, enfrentamientos y desplazamientos continuos de método y objeto que jalonaron la vida del Centro (ver Grossberg, en Blundell, Shepherd, Taylor (Eds.), 1993). Cabe subrayar, sin embargo, dos datos que figuran en la mayor parte de los balances. Birmingham fue primero un extraordinario foco de animación científica, que actuaba como plataforma giratoria para una labor multiforme de importación y adaptación de teorías. La observación es válida en los casos de los autores marxistas continentales, las diversas vicisitudes de la semiología y el estructuralismo, y determinados aspectos de la escuela de Frankfurt. Se aplica también a la introducción en Gran Bretaña de una parte de la herencia de la Escuela de Chicago, que trataba de las desviaciones y las subculturas. En segundo lugar, el CCCS contribuyó al desbroce de un conjunto de terrenos de investigación, relacionados con las culturas populares y los medios de comunicación social y, luego, con temas vinculados con las identidades sexuales y étnicas. Por otra parte, la combinación de la diversidad en las referencias teóricas con la fluidez de los centros de interés lleva a una tercera observación, la del carácter sumamente heterogéneo de los estudios y procedimientos agrupados bajo la etiqueta del Centro, merced a las capacidades como empresarios científicos de sus sucesivos directores (Stuart Hall sustituye a Hoggart en 1968). Si se toma en cuenta este dato, absteniéndose de caer en una representación mítica de un Centro encorsetado en una ideología marxista o semiológica, se entenderá mucho más fácilmente la posterior dispersión de las trayectorias de los diversos protagonistas de lo que merece el título de aventura.

La mancha de aceite: lo "cultural"

La puesta en marcha de un equipo de investigación centrado en los *Cultural studies* se revelará como una empresa laboriosa y difícil. El CCCS dispone al inicio de pocos medios, a tal punto que Richard Hoggart se ve obligado a solicitar el mecenazgo de las ediciones Penguin, para dotar al Centro de algunos medios e incorporar a Stuart Hall. El *establishment* universitario observa con no pocos recelos la intrusión de un grupo con un estatuto académico marginal. Los sociólogos desconfían de aquellos recién llegados, que, sin pertenecer a su tribu, trabajan en los límites de su territorio, y la gente especializada en estudios literarios no se queda a la zaga. Hoggart describe los pacientes pasos que dio para legitimar su Centro y amansar a sus colegas. Una de sus tácticas consistió en integrar en los jurados de examen de las asignaturas de los *Cultural studies* a los colegas de literatura conocidos por ser malintencionados, con el propósito de que la seriedad de la formación quedara patente a los ojos de la comunidad académica.

De hecho, habrá que esperar hasta el umbral de los años setenta para que el Centro acceda a una gran visibilidad científica, que tendrá como soporte la publicación periódica, a partir de 1972, de los *Working Papers*, parte de los cuales serán editados luego bajo la forma de libros. Estos servirán de tarjeta de presentación al Centro (Hall, Hobson, Lowe y Willis (Eds.) 1980; Hall y Jefferson (Eds.) 1993).

En una conferencia inaugural, en 1964, Hoggart planteó la óptica inicial del Centro. Se trataba fundamentalmente de movilizar las herramientas y técnicas de la crítica literaria -la referencia a Leavis resulta explícita- para desplazarlos hacia temas que, hasta entonces, eran considerados ilegítimos por la comunidad universitaria: el universo de las culturas y prácticas populares en oposición a las culturas letradas, la toma en cuenta de la diversidad de bienes culturales que abarcará los productos de la cultura de los medios de comunicación social, después los estilos de vida, y ya no sólo las obras literarias. Con la metáfora de una extensión parecida a la de una mancha de aceite, se daría cuenta con bastante acierto del despliegue de los *Cultural studies* hasta mediados de la década de los setenta.

Se va a dar un primer proceso de expansión alrededor del estudio de las culturas populares. Los trabajos de Hoggart (1957, 1964) habían echado sus cimientos a través de una forma original de autoetnografía de

todas las dimensiones vividas en la existencia cotidiana de la *respectable working-class*. Pero una de las características de la labor de Hoggart, que le confiere un perfume nostálgico, consiste en que se desarrolla sobre un objeto de estudio que está desvaneciéndose en el preciso momento en el que el autor empieza a describirlo y a teorizarlo. En un texto del año 1961, es decir, cinco años después de la publicación de *Uses of Literacy*, Hoggart no puede sino darse cuenta de hasta qué punto sus descripciones llegan a quedar anticuadas, debido al incremento de la movilidad espacial, al aumento relativo del desahogo material con el que se vive y al papel creciente de la televisión y el automóvil en las modalidades de sociabilidad obrera. La estimación de dichos cambios sociales en su conjunto provocará importantes desarrollos en las investigaciones del Centro⁽⁷⁾. El análisis de las subculturas y de la fragmentación de los estilos de vida en el mundo obrero es el primero que suscita, ya al inicio de los años setenta, un conjunto de trabajos, como los de Phil Cohen, Paul Willis y Dick Hebdige; y dará nacimiento al éxito de venta en librerías más importante de esta corriente (Hebdige, 1979). Las contribuciones desarrolladas a medida que los *Working Papers* se van publicando van a baliar el espectro completo de las subculturas, no sólo las de los jóvenes de las clases populares, sino también las de las colonias de inmigrantes y la pequeña burguesía: *skins, mods, rockers y bikers, teds, rastacueros, hippies* (ver, especialmente, Hall y Jefferson (Eds) 1993). Este interés por los universos sociales de los jóvenes y por las manifestaciones del conflicto generacional va a contribuir a nuevas expansiones de los terrenos de análisis de los *Cultural studies*. Por lo que la evolución en las sociabilidades familiares y el tema de la desviación se incorporan al programa de trabajo del Centro. Pero la extensión continua de los temas también se produce en las músicas *pop* y *rock*, que están en pleno apogeo en ese momento (Frith, 1983). El terreno de la sociología de la educación también es penetrado por la corriente, a través de los estudios de Paul Willis, que llevan el sugerente título de *Learning to Labour: How Working Class Kids Get Working Class Jobs* (1977).

Si el componente historiador de los *Cultural studies* se desarrolla a través del trabajo de Thompson, en un marco institucional y en un Centro distinto del de Birmingham⁽⁸⁾, esto no significa que su contribución quede desvinculada de los trabajos del CCCS. Los lazos personales y las redes científicas y políticas que interrelacionan las figuras de la primera generación garantizan, por sí solos, la circulación y la fecundación reci-

proca de los trabajos. Por lo demás, ¿cómo no darse cuenta de la estrecha correspondencia entre las problemáticas de una historia social elaborada "desde abajo", construida por Thompson, y el desplazamiento desde una visión legitimista de la cultura hacia una concepción más antropológica, como la que desarrollan las investigaciones realizadas en Birmingham? *La formación de la clase obrera británica* desarrolla una auténtica arqueología de la formación del mundo obrero. Este trabajo comulga con los análisis de Hoggart en el hecho de que elabora los rasgos del grupo obrero a través de una dimensión cotidiana y trivial, y no sólo a través del prisma de las figuras militantes o *working-class heroes*. Mediante la exploración de las redes de sociabilidad y los vectores de cristalización de una identidad obrera, Thompson saca del olvido todo un continente cultural, una parte del "espacio público popular" que desconoció Habermas, pero por el que se interesaron investigadores críticos en la década de los setenta (Negt y Kluge, 1972). El historiador británico retoma, de esta manera, las problemáticas ligadas a las culturas populares contemporáneas: ¿Cómo se dotan las clases populares de sistemas de valores y un universo de sentido? ¿Qué autonomía tienen dichos sistemas? ¿En qué contribuyen a la constitución de una identidad colectiva? ¿Cómo se articulan con las identidades colectivas de los grupos dominados las dimensiones de resistencia y las de una aceptación resignada o dolorida de la subordinación?

Dominaciones y resistencias

El común denominador de los trabajos históricos y de los que versan sobre la cultura contemporánea radica en que en ambos se procede a una suerte de, según la terminología empleada por Grignon y Passeron, "culturología externa". La descripción de los modos de actuar y de los universos de significación ligados a ellos resulta a menudo sutil, comprensiva y propia de un buen conocimiento etnográfico, como muestra, entre otros muchos textos, el de Paul Corrigan, *Doing Nothing* (en Hall y Jefferson, 1993), sobre la gestión de la ociosidad por jóvenes que pertenecen a ambientes populares. Pero este registro, capaz de sacar, a la vez, lo mejor de la etnografía y la literatura realista, no constituye nunca un fin en sí mismo, ni una apuesta por la descripción exhaustiva o por la mera puesta en evidencia de las coherencias en las vivencias, sino que intenta desarrollar un interrogante sobre las relaciones de poder, los

mecanismos de resistencia y la capacidad de producir otras representaciones del orden social legítimo. *Whigs and Hunters* (1975) constituye otra magistral muestra de este modo de proceder. Al tomar como punto de partida un tema que, *a priori*, resultaba menor, el de la caza furtiva y los robos en los bosques -asunto que ya había servido de fuente de inspiración a cierto Karl Marx-, Thompson recrea todo el universo de la Inglaterra rural de principios del siglo XVIII. Restablece la dimensión de guerra social y resistencia, presente en los ataques de las bandas de cazadores furtivos contra las reservas de venado de la aristocracia *whig*, así como lo que significaba el libre acceso a los bosques en el sistema de economía moral de las comunidades rurales. Con lo que hace inteligible la represión de dichos delitos, a menudo aparentemente benignos, que desencadena una clase dominante que capta intuitivamente su sentido y lo que está en juego en ellos.

Por lo tanto, la cultura es construida como el centro de una tensión entre mecanismos de dominación y de resistencia. Por lo que se entiende, el lugar que ocupa la noción de ideología en la producción de los *Cultural studies*. La aprehensión de los contenidos ideológicos en una cultura no consiste sino en captar, en un contexto determinado, qué y cómo los sistemas de valores y las representaciones que estos entrañan estimulan los procesos de resistencia o de aceptación del mundo social tal como es. La problemática de la función política de las culturas⁹⁾, presente tanto en los trabajos sobre las culturas de hoy como en las exploraciones históricas (Thompson, 1995, 83-87), se constituyó a través de las categorías de ideología y, después, de hegemonía gramsciana.

El interés por la dialéctica entre resistencias y dominaciones explica también la importancia que cobró poco a poco, dentro de los *Cultural studies*, el estudio de los medios de comunicación social. Sólo una ilustración retrospectiva, que consiste en transplantar a los años sesenta y setenta la estructura contemporánea del flujo editorial, es capaz de hacer creer que los productos de los medios de comunicación social ocupan un lugar central en los textos salidos de Birmingham antes de mediados de la década de los setenta. En un resumen de los temas más frecuentes se encontrarían las subculturas, la desviación, las sociabilidades obreras, la escuela, la música, el lenguaje y hasta los campamentos de *scouts*. Es a través de la problematización más explícita de los desafíos vinculados con la ideología y con los vectores de un trabajo hegemónico, como los medios de comunicación, especialmente los medios audiovisuales -

a los que se había dedicado hasta entonces un interés subsidiario-, llegan a ocupar paulatinamente un lugar destacado, como demuestra parte de los textos recogidos en *Culture, Media, Language*. En ellos, Ian Connell se esfuerza especialmente por mostrar cómo el tratamiento del debate sobre la política salarial, a través de las rutinas del periodismo televisivo, desemboca en una presentación tergiversada ideológicamente, que contribuye a la hegemonía ideológica del punto de vista patronal (en Hall, Hobson, Lowe y Willis, 1980).

Pero, en la segunda mitad de la década de los sesenta, cuando la investigación francesa sólo se interesa por el estructuralismo y se encierra en los análisis de textos, en los que se olvida tanto al emisor como al receptor, los investigadores de Birmingham elaboran un acercamiento distinto al tema, con lo que intentan una triple superación: la de un estructuralismo que queda circunscrito a herméticos ejercicios de desciframiento de textos; la de las versiones mecanicistas de la ideología en el marxismo, a través de Gramsci; y la de la sociología funcionalista norteamericana de los medios de comunicación social, tomando los aportes de la Escuela de Chicago para abrir la caja negra de la recepción y considerar la densidad de las interacciones en los consumos mediáticos. La recepción de los programas empieza entonces a constituir un tema de reflexión para algunos investigadores, como se puede apreciar en el ya clásico *Encoding-decoding* de Hall (1977) o en *Texts, Readers, Subjects*, redactado por Morley (en Hall, Lowe y Willis, 1980) en la misma época. De hecho, Hall reivindicará luego para su Centro -y contra el *Glasgow Media Group* o las contribuciones de Philip Schlesinger- una posición de pionero en la ruptura con el modelo estímulo-respuesta, que quedó sustituido por el interés dedicado a los efectos ideológicos de los medios de comunicación social y a las respuestas dinámicas de las audiencias. Pero, si el interés por el tema de la recepción de los programas televisivos o radiofónicos empieza a constituirse en un rasgo original de determinados investigadores, tampoco habría que apresurarse en concluir que es únicamente por este cauce que prosigue la ampliación del campo de estudios del Centro. La preocupación por el momento de la recepción sigue siendo ancilar en relación con dos problemáticas más amplias. Una de ellas abarca el problema de la vuelta al sujeto, la subjetividad y la intersubjetividad, mientras la otra se interesa por la integración en la problemática de la dominación de las nuevas modalidades de relaciones de poder. Así se produce, durante los años setenta, el encuentro con

los estudios feministas y con las problemáticas del "género" (*gender*), cuya fecundidad ya había sido demostrada, y con creces, en el sector de los *Film Studies*. "El feminismo modificó radicalmente el terreno de los *Cultural studies*. Evidentemente, hizo figurar en el programa una serie de nuevos tipos concretos de interrogantes y nuevos temas de investigación, a la vez que remodelaba otros que ya existían antes. Pero donde tuvo el mayor impacto fue en el nivel de la teoría y la organización, con lo que estuvo en el origen de una nueva práctica intelectual" (Hall, 1980, 39; se hallará la versión "feminista" de este encuentro en Charlotte Brunson, *A Thief in the Night*, en Kuan-Hsing Chen y Morley, 1996, y también en Brunson y Caughie (Eds), 1997). Limitada al inicio al *Women's Studies Group* (CCCS, 1978), la cuestión del género (*gender*) impregna poco a poco las investigaciones en su conjunto. A partir del *gender role* se inicia una serie de traslados en las problemáticas: es el primer paso hacia la rehabilitación del sujeto, un nuevo planteamiento de los interrogantes respecto de la identidad, puesto que se introducen nuevas variables, con lo que se deja de leer los procesos de construcción de la identidad únicamente a través de la cultura de clase y su trasmisión generacional.

Pronto se añade al planteamiento del género el de la raza y la etnia. El principal mérito de los estudios de Hebdige (1979) sobre las subculturas fue el de otorgar a los modelos explicativos iniciales, que estaban basados en los parámetros clase-generación, una nueva dimensión, la de la gestión, en las clases populares, de las relaciones entre juventud "inglesa" y juventudes inmigradas, especialmente jamaquinas. Como muestra de un modo convincente Hebdige, las separaciones binarias entre subculturas también se estructuran entre argumentos de crispación racista sobre una identidad a la vez obrera y británica, construida desde una visión de supremacía sobre los ex colonizados, y otras construcciones simbólicas, en las que desempeña un mayor papel la fascinación o la connivencia por el universo negro y antillano. La sensibilidad de los investigadores del Centro por los desafíos sociales y políticos no pudo sino contribuir al hecho de que, a fines los años setenta, la raza y las cuestiones étnicas ocuparan un lugar destacado en los *Cultural studies*. La multiplicación de las tensiones raciales, el auge de los grupos racistas, así como las movilizaciones originadas por dichos fenómenos (ver el compromiso de los "Clash" en *Rock against Racism*), están presentes en la producción del Centro. Un hecho sangriento ocurrido en

Birmingham, en el que están implicados inmigrantes, y las reacciones de pánico moral frente a la delincuencia de color que acompañan este episodio, estarán en el origen de *Policing the Crisis* (Hall, 1978). La obra retoma temas cuasi clásicos en los *Cultural studies*, como la delincuencia y su tratamiento mediático. Constituye también un caso extremo, por lo que sirve de punto de referencia, ya que conduce a los *Cultural studies* hasta el umbral del campo de análisis de las políticas públicas ligadas con las evoluciones del Estado providencia y de las políticas de refuerzo de la ley y el orden. Constituye uno de los puntos de partida de una reflexión sobre las relaciones entre comunidades en las ciudades británicas y sobre la construcción social de la etnicidad (Hall, 1982; Gilroy, 1987). Implica también una sensibilidad creciente hacia el fenómeno de la crisis, el vuelco que supone el *thatcherismo* y la llegada de lo que Hall no tardará en definir como *New Times*.

Resulta difícil disociar el trabajo de los *Cultural studies* del compromiso político de los padres fundadores, del carácter anti-institucional o del radicalismo político de muchos investigadores de la joven generación. Durante los años Birmingham, la contribución específicamente científica no se realiza a pesar de los compromisos ideológicos de sus promotores. No ilustra una maravillosa virtud de la lógica universitaria, que protege a sus miembros contra sí mismos de sus compromisos cuando actúan como científicos. El legado de los *Cultural studies*, en lo que tiene de más innovador y duradero, también se explica por el hecho de que dos generaciones de investigadores invirtieron en un trabajo científico distintas formas de pasión, ira y militancia contra un orden social que consideraban injusto y que querían cambiar. Por supuesto, esto no significa que el compromiso sea condición necesaria y suficiente para una buena ciencia social. Las opciones ideológicas que dinamizaron los *Cultural studies* también están en el origen de las debilidades que caracterizan gran parte de esta producción, que, en algunos casos, se volvió francamente ilegible. La magia del CCCS -del todo explicable sociológicamente- radica en que el Centro supo encarnar uno de los raros períodos en la vida intelectual en que el compromiso de los investigadores no queda esterilizado por la ortodoxia o la ceguera, sino que se apoya en una gran sensibilidad por los desafíos sociales, lo que contrarresta el efecto "torre de marfil" producido por el mundo académico. También es el dividendo de la posición marginal del Centro, de su estatuto de "bicho raro" respecto de la institución universitaria británica. Al congregarse

las fuerzas de la mayor parte de la segunda generación de investigadores británicos, el Centro generó, con su crecimiento, una masa crítica de trabajos. Las lógicas de competencia inherentes al mundo intelectual acarrear entonces consecuencias benéficas, que obligan a los investigadores, para manejar sus relaciones de socios-rivales, a buscar armas teóricas y fórmulas innovadoras de investigación, es decir, a lanzarse en una carrera de armamentos científicos, incluso para solucionar parte de los desacuerdos, de raíces políticas, en la evaluación de un sistema social o en las modalidades de cambio del mismo.

CCCS, Import Company

Las dinámicas paralelas de la competencia intelectual y de una confrontación en un abanico de temáticas cada vez más amplio, convertirán el Centro en un foco de efervescencia intelectual, que se refleja sobre todo en una intensa y variada actividad de importación teórica. Los primeros *Working Papers* son, al respecto, tanto soportes de divulgación y de puesta a disposición de autores continentales cuyas obras no habían sido traducidas hasta entonces en el Reino Unido, como una revista científica que entrega productos totalmente acabados. Cabría incluso la posibilidad de ironizar o conmovirse ante la dimensión casi escolar y la buena voluntad teórica que reflejan algunos estudios, que aplican, sobre un material proveniente de Gran Bretaña, los esquemas de análisis recién importados, como el muy barthesiano estudio de las fotografías de prensa realizado por Hall (1972).

Aunque titubeantes, a veces torpes, los múltiples préstamos intelectuales tomados por el Centro constituyen también, y antes que nada, la señal de una fecunda curiosidad intelectual y de un rechazo al provincianismo. Más de una vez manifiestan la vitalidad de un proceder científico que se esfuerza por identificar las herramientas teóricas mejor adaptadas a los terrenos que afronta.

La observación es válida, en primer lugar, en el terreno de la sociología. No es ésta la disciplina en la que se inspira principalmente -como se verá luego- el equipo de Birmingham. Pero el campo de las subculturas, el interés por las desviaciones y la delincuencia, la preocupación por observar, desde lo más cerca posible, la propia trivialidad en las interacciones sociales cotidianas, van a despertar en el grupo un interés precoz y sostenido por los aportes del interaccionismo simbólico, inte-

res que los llevará a adherir a la opción etnográfica de la escuela de Chicago. Becker, con su *Outsiders* (1963), pronto va a constituir un tipo de referencia culta(10). De un modo más general, la opción por la observación participante y el capital en conocimientos prácticos y en técnicas de trabajo influidas por la etnología son los que los llevan a inspirarse en la escuela de Chicago y la sociología interaccionista. Asimismo, se recurre a *Street Corner Society* de White. Estas incursiones en los procedimientos sociológicos más aptos para captar la trama de las experiencias vividas se asemejan también al interés momentáneo -meramente teórico- que suscitaron procedimientos como los relatos de vida (caso Critcher, en Hall y Jefferson, 1993).

La voluntad de prestar atención a las significaciones vividas por los agentes sociales, de no reducirlas al papel de engranajes pasivos en la mecánica de estructuras sociales (papel que es claramente visible en los textos basados en encuestas), constituye, por lo demás, uno de los desafíos clave en las relaciones conflictivas y desiguales entre marxismo y sociología, dentro de los debates de la corriente. En efecto, aunque Hall subraya el esfuerzo colectivo de lectura de Weber en el Centro, la línea dominante sigue siendo la de la desconfianza hacia la sociología. No faltan para ello argumentos científicos y prácticos. La tendencia predominante en la sociología de aquel entonces es el insípido funcionalismo que, además de poco productivo, refleja una ideología con rasgos muy nítidos. Por otra parte, la asociación británica de sociología demuestra una indiferencia inquebrantable hacia la cultura. Pero otra vertiente en las importaciones teóricas de Birmingham sugiere que, y esto es más importante, para muchos miembros del equipo un marxismo "sociologizado" constituye una caja de herramientas teóricas que supera a cualquiera de las sociologías académicas.

En el recurso a autores extranjeros, una parte central de la labor va a consistir en la búsqueda de autores que, aunque apelando a la herencia marxista, ayudan a superar las interpretaciones mecanicistas y economicistas y a identificar las mediaciones, cuya importancia subrayaba Thompson. Esto explica el interés por las obras de Gramsci. A las teorías esencialistas del Estado y la clase, al reduccionismo económico, al reduccionismo de un concepto de clase que hace volver cualquiera de las formas de lucha social al regazo del conflicto de clase, el enfoque gramsciano opone una reflexión acerca del vínculo que el Estado mantiene con la sociedad civil y un interrogante sobre las culturas popula-

res, sobre la noción de lo "nacional-popular" y sobre la función que cumplen los intelectuales en la construcción de la hegemonía de un grupo social. Este enfoque coloca en el corazón de sus problemáticas el papel desempeñado por las ideologías y por sus vectores de difusión como instrumentos estratégicos de una dominación-hegemonía, es decir, de la capacidad de un grupo social para desempeñar un papel de dirección intelectual y moral y para construir una relación de poder que no se limita a la mera fuerza o a la consecuencia mecánica de las relaciones económicas de producción (Gramsci, 1980). De un modo más discreto, aunque también más fragmentario, estas importaciones de marxismo no dogmático son deudoras de la escuela de Frankfurt (de Benjamin sobre todo), Lukacs y, luego, Bajtin. Sugieren, pese a su diversidad, un tipo de itinerario común, consistente en sociologizar, marxismo mediante, un tipo de estudio propio de la crítica literaria.

Otra referencia marxista va a desempeñar, a mediados de la década de los setenta, un papel estratégico. Se trata de Althusser, un Althusser a menudo flanqueado por una extraña escolta, ya que parece constituir con Lacan y Levi-Strauss una trinidad cuya coherencia, considerada desde París, parece más aleatoria. Existen múltiples motivos para tal adopción, que pronto llegará a ser entusiasta, por una parte de la corriente. Algunos de estos motivos son absolutamente equiparables con los del éxito de Gramsci. Por su teoría de los aparatos ideológicos, se ve a Althusser como a un marxista atento a la ideología, a las intenciones en los discursos y a la parte de dominación simbólica existente en las mediaciones de los manejos de poder. Su voluntad de búsqueda de una articulación entre marxismo y psicoanálisis, entre marxismo y enfoque estructuralista, explica también su gran poder de atracción⁽¹¹⁾. Puede dejarse a intelectuales franceses que hayan vivido los años setenta la posibilidad de sospechar que, tanto en Birmingham como en París, el uso social de las teorías de Althusser también pudo estar vinculado con formas de *libido dominandi* propias del mundo intelectual. Asumir el papel de intérprete y guardián de un pensamiento difícil, enviar a los colegas no miembros del club a los limbos del pensamiento precientífico y hallar en el concepto de "práctica teórica" una maravillosa transfiguración del trabajo académico o del teoricismo en militancia de vanguardia... todos estos son usos sociales del althusserismo, cuya referencia empírica tal vez resultaría imposible encontrar. Aunque la cristalización de la intensa admiración por Althusser se produce más visiblemente alrede-

dor de la revista de análisis fílmicos *Screen* que en el Centro de Birmingham, resulta suficientemente poderosa como para que Hall empiece a interrogarse sobre la aparición de un "segundo paradigma" estructuralista en los *Cultural studies* (*Cultural studies: Two Paradigms*, en Collins R., Curran J. (Eds) 1986) y como para llevar a Thompson a desencadenar un auténtico tiro de artillería antialthusseriano contra *The Poverty of Theory* (1978).

El interés por el estructuralismo, junto con la importancia creciente de los medios de comunicación social y sus mensajes en relación con los demás objetos de estudio de los *Cultural studies*, acaba por explicar el desarrollo considerable que adquiere la importación de lo que se convino en llamar la *French Theory*, a tal punto que Thompson fulminará contra lo que denomina "la electrificación de la línea París-Londres". Barthes será el principal y más precoz centro de interés, que se extenderá también pronto a otros autores que participan en la "aventura semiológica", nucleados alrededor de la revista *Communications*, o incluso *Tel Quel*: Metz, Kristeva. No es sino bastante más tarde cuando se incluirá entre las aportaciones francesas el nombre de De Certeau. Este período "vanguardista" en la importación no debe hacer olvidar la existencia de otras introducciones más previsibles por parte de una comunidad cuyo campo inicial fue el de la crítica literaria. Entre las referencias iniciales del movimiento destacan dos nombres: Sartre y Goldman.

Los límites de una empresa colectiva

Cuando se resalta la vitalidad intelectual y la abundante cosecha de trabajos producidos alrededor o desde el Centro de Birmingham en la década de los setenta, es necesario señalar también las debilidades que tornan más frágiles dichas contribuciones. Este examen crítico es incluso el único capaz de evitar que se presenten evoluciones posteriores como si se tratasen de adhesiones imprevisibles o traiciones, cuando, por lo menos en el caso de parte de ellas, constituyen también derivaciones o desenlaces indisociables de algunos presupuestos o puntos ciegos de los *Cultural studies*.

Ya se subrayó la modestia del intercambio entre los investigadores de Birmingham y los resultados de la sociología. Para explicarlos, Hall (1980, 20 y ss.) recordó las opciones ideológicas y el pesado funcionalismo de la sociología *mainstream* de los años sesenta. Sin embargo, merece la

pena insistir un poco en el vínculo escaso con las problemáticas sociológicas. El uso productivo de la sociología interaccionista de la desviación, por parte de algunos autores (Hebdige, Cohen), no llega a ocultar la indudable pobreza del bagaje sociológico de la mayor parte de los miembros del CCCS, situación bastante lógica en el caso de investigadores que provenían a menudo del campo de los estudios literarios⁽¹²⁾. Este hecho puede implicar algunos inconvenientes por tratarse de una empresa que, a fin de cuentas, no está desprovista de vínculos con una sociología de la cultura. David Chaney, un hombre poco sospechoso de ser crítico habitual de los *Cultural studies*, subrayaba, en una reseña agri-dulce de *Culture* de Williams (1981), las consecuencias enojosas de la opción por la disolución de cualquier frontera entre marxismo y sociología. Agregaba: "se nos ofrece la estructura de una sociología que, en la práctica, parece no tener una idea muy clara de los imperativos metodológicos propios de su campo de estudio". Si los análisis del equipo de Birmingham, especialmente los de Hoggart, supieron prestar una atención inédita a las culturas dominadas, tratarlas con respeto pero sin complacencia, no siempre lograron sortear los peligros gemelos del populismo y el miserabilismo⁽¹³⁾. Convendría interrogarse, en particular, sobre la posibilidad de que las derivas "populistas", identificadas al final de la década de los ochenta⁽¹⁴⁾, tengan antecedentes en una generosa distribución de la cualidad de "resistencia" a una serie de prácticas y rasgos culturales populares, en los que también se podría ver una aceptación resignada de la dominación, una confesión de impotencia detrás de la burla o la insolencia⁽¹⁵⁾.

Cabría también poner de relieve la cuasi inexistencia en los *Cultural studies* de una problemática que conciba la creación cultural como un espacio, o un terreno, de competencia e interdependencia entre productores. De este modo, se diga lo que se diga, se sobrevalora el planteamiento de una producción cultural vista como una respuesta explícita a las expectativas, supuestamente claras, de clases o grupos de consumidores. Puede relacionarse esta carencia concreta con el hecho de que, entre la importación intensiva de *French Theory*, las contribuciones de Bourdieu⁽¹⁶⁾ sólo quedaban incluidas en dosis homeopáticas. Lo que explica lo que escribieron, en 1980, Nicholas Garnham y Raymond Williams⁽¹⁷⁾: "la influencia de Pierre Bourdieu en el pensamiento y la investigación anglosajonas ha sido, hasta la fecha, sumamente fragmentaria y limitada a la disciplina antropológica y la subdisciplina de la socio-

logía de la educación. (...) La falta de interés (por su trabajo y el de sus colegas sobre la historia y la sociología de la cultura) no sólo perjudica a los *Cultural studies*, sino que la absorción parcial y fragmentaria de lo que constituye un rico y unificado cuerpo teórico -que está vinculado con un trabajo empírico que abarca terrenos que van desde la etnografía de Argelia hasta el arte, la ciencia, la religión, el lenguaje, la ciencia política y la educación, sin olvidar la epistemología y la metodología de las ciencias sociales en su conjunto-, puede entrañar el riesgo de un grave descarriamiento en la interpretación de la teoría" (1980, 209). Dicho texto se publicó en un número dedicado a Bourdieu de *Media, Culture and Society*, en el que una serie de traducciones también hacía posible el desarrollo de una crítica explícita a los *Cultural studies* de aquella época: "el valor potencial del trabajo de Bourdieu, en este momento específico por el que atraviesan los medios de comunicación social y los *Cultural studies* británicos, radica en que, dentro de un movimiento de crítica, en el sentido marxista tradicional, enfrenta y supera de un modo dialéctico posiciones parciales y opuestas. Desarrolla una teoría de la ideología -o más bien, del poder simbólico, ya que suele reservar el término de ideología para cuerpos de pensamiento más explícitos y coherentes- fundamentada, a la vez, sobre una investigación histórica concreta y sobre el uso de las técnicas tradicionales de la sociología empírica, como el análisis estadístico de los datos de una encuesta. Desarrolla simultáneamente la crítica al teoricismo, especialmente al estructuralismo marxista y a las tendencias al formalismo vinculadas con él" (1980, 210).

La relación con el marxismo plantea otros problemas. Si los trabajos de Thompson constituyen una brillante demostración, contraria a la ortodoxia contemporánea, de que la conjunción de una problemática marxista con una cultura en ciencias sociales y con un profundo trabajo de investigación no sólo engendra monstruosidades, el flujo de los *Cultural studies* no brinda solamente tesoros semejantes. Incluso el lector mejor dispuesto encontrará entre ellos un montón de artículos que, hoy, se le caen de las manos (a menos que el cambio consista sencillamente en que hoy puede confesarlo), por ser una muestra de la exégesis marxológica más soporífica o de un teoricismo pastoso. Por su condición de concepto importante y fecundo, el de hegemonía hubiese merecido sin duda menos amontonamiento de glosas y más esfuerzos para hacerlo operativo a partir de investigaciones. En ello radica una de las mayores debilidades de la corriente. El recuerdo de sus contribuciones

más interesantes, que, casi sin excepciones, son las que están basadas en una dimensión de investigación etnográfica o en el tratamiento de un corpus bien delimitado, no llega a ocultar los múltiples textos poco imaginativos y las muchas variaciones sobre un tema de Marx, Gramsci o Althusser, género en el cual Hall llega a destacar -aunque abusa-, sin que otros alcancen su nivel.

Pero en un nivel aún más fundamental, el pecado original de los *Cultural studies* consiste en su olvido frecuente de la historia y la economía. Semejante objeción no se podría hacer a Thompson y ni siquiera a Williams. Pero, pese a estas referencias, son pocos los investigadores de Birmingham que escogieron esta vía para llegar a un conocimiento de la sociedad británica. Pasa lo mismo en lo que se refiere a lo económico que, al no figurar en el horizonte del Centro, quita posibilidades al proyecto de reconciliación entre los dos términos de la antigua separación cultura/economía. De hecho, de entre los que provenían del campo de los estudios de literatura inglesa, Raymond Williams (asistió a las clases de Leavis) fue uno de los pocos que actuó realmente de acuerdo con la lógica de su proyecto de refundación de un "materialismo cultural" como modo de abordar los dispositivos mediáticos. En consecuencia, figura entre los pocos que sacaron provecho de las investigaciones y estudios realizados por los representantes de la economía política de la comunicación, como lo demuestran algunas de las referencias que salpican su obra *Television: Technology and Cultural Form* (1974). Por consiguiente, puede decirse que si, en algunos aspectos, los *Cultural studies* se apartan de los estudios influidos por la ola estructuralista francesa, en otros -en particular el de la obsesión por la ideología y, sobre todo, la ideología como "texto"- se asemejan a ellos, por ese "olvido" de la historia y de la economía política.

La falta de consideración de la economía se convertirá, al final de la década de los setenta, en uno de los temas cruciales de la polémica que emprendió Nicholas Garnham contra los *Cultural studies*, a los que tachaba de idealismo. En ese momento, la economía política de los medios de comunicación social, sólidamente arraigada en Gran Bretaña, había establecido ya muchos vínculos internacionales y la actuación de sus investigadores se destacaba tanto en la movilización contra los conflictos en el sudeste asiático -en uno de los trabajos más significativos (J. D. Halloran, P. Elliot, G. Murdock, 1970) se analizan las manifestaciones relacionadas con la guerra de Vietnam- o en los debates sobre el nuevo

orden mundial de la información y la comunicación, como en las discusiones entabladas en la época, dentro de los órganos de la Comunidad Europea, sobre las industrias culturales. Por lo demás, en el transcurso de la segunda mitad de los años setenta se sientan las bases, en Francia e Italia, de una economía política de la comunicación centrada en el tema de las industrias culturales (Cesareo, Flichy, Mattelart, Miège, Richeri). Algún tipo de convergencia empieza a manifestarse entre los investigadores británicos y los del continente que se dedican a este tema, mientras, por lo general, los Cultural studies permanecen limitados a las islas (Flichy, 1980). A la Universidad de Leicester, donde trabajan investigadores como James Halloran, Peter Golding, Philip Elliott y Graham Murdock, vino a añadirse el Centro de la School of Communication del Polytechnic of Central London, del que forma parte, principalmente, Nicholas Garnham, quien antes trabajaba para la BBC-Television. Este Centro es el que toma la iniciativa de lanzar, en enero de 1979, la revista trimestral *Media, Culture and Society*. En el segundo número, dedicado a la *Political Economy*, figura, a modo de introducción, un largo artículo programático firmado por Garnham y titulado *Contribution to a Political Economy of Mass-Communication*.

Dicho artículo empieza con una extensa cita de Raymond Williams, sacada de *Marxism and Literature* (1977). En este extracto Williams toma nota, sin perfrasis, del proceso de concentración en las industrias culturales, la imbricación de lo público y lo privado en materia de radiodifusión y el "contexto del imperialismo moderno y del neocolonialismo", en el que se están operando, en todo el mundo, estos cambios. Aboga por una revisión de arriba abajo de la "teoría cultural", advirtiendo a las fuerzas "radicales y anticapitalistas" contra el peligro de ineficacia en caso de que no realizasen la reestructuración crítica de sus esquemas de pensamiento. De entrada, Garnham se interroga sobre las pocas repercusiones en el ámbito crítico de este llamamiento, lanzado por Williams dos años antes, y retoma el desafío, el cual identifica del siguiente modo: "evitar la doble trampa del reduccionismo económico y la autonomización idealista del nivel ideológico" y "considerar que lo material, lo económico y lo ideológico constituyen tres niveles, distintos en una perspectiva analítica, aunque entrelazados en las prácticas sociales concretas y el análisis concreto". Garnham apuntaba directamente hacia los partidarios del "postalthusserianismo", los *Cultural studies* y los *Film Studies*. Lo que reprochaba a Hall era precisamente su concepción

platonista, ontológica, de la ideología y el hecho de que "lo que ofrecía era la descripción de un proceso ideológico, pero no una explicación de por qué y cómo se desarrollaba, a no ser en términos tautológicos" (Garnham, 1979, 131). Se amparaba en la búsqueda de "sentido" para limitarse a internarse en el "texto" y se negaba a ir a ver de cerca la forma histórica de funcionamiento del dispositivo. Al reducir el "efecto ideológico" de los medios de comunicación social a un asunto propio de comunicadores o "codificadores" preexistentes y predeterminados, que escogen entre una diversidad de códigos ideológicamente preexistentes y predeterminados, y que, a su vez, reproducen una estructura de dominación, la perspectiva de Hall no hacía sino remitir, en términos genéricos, al dispositivo de comunicación masiva del "capitalismo de monopolio".

En 1983, en el número balance del *Journal of Communication*, dedicado a las distintas corrientes de investigación en el mundo, titulado *Ferment in the Field* y coordinado por George Gerbner, Garnham volvía a insistir en la deriva de lo que no dudaba en calificar de teoría asocial y ahistórica de la ideología. Volvía a establecer una diferencia muy nítida entre los *Cultural studies* y el enfoque propuesto por Williams y evidenciaba que los *Cultural studies* no habían abordado ninguno de los grandes desafíos planteados por el desarrollo de los medios de comunicación social y de la "sociedad de la información", respecto de la redefinición de la esfera pública. "Como subrayó Raymond Williams en *Television: Technology and Cultural Form* y como lo demuestran las investigaciones muy precisas de mis colegas Paddy Scannel y David Cardiff, la teledifusión surgió como una tecnología con la que nadie sabía qué hacer y sus formas institucionales -especialmente sus modalidades de financiación, sus públicos específicos y los tipos de relaciones establecidas con dichos públicos dentro de tales formas institucionales- tuvieron que desarrollarse según modalidades que es posible analizar de un modo muy concreto y que variaron mucho según los países, aunque fueran claramente capitalistas (por ejemplo, Estados Unidos y Gran Bretaña). Por eso no se puede hablar simplemente del modelo capitalista de los medios de comunicación social. Un sistema de medios de comunicación adopta rasgos específicos que varían según el Estado-nación. Sus rasgos quedan determinados, entre otros, por la estructura y la situación de desarrollo de la economía, por el tipo de Estado, por las características de las relaciones de clase y por la relación con el Estado dominante y/o con los

Estados subordinados" (Garnham, 1983, 323). Lo menos que puede decirse es que, diez años después de su formulación, los *Cultural studies* todavía no se habían hecho cargo de este programa, dato que pone de relieve, no sólo la poca importancia concedida a los datos económicos, sino también la manifestación de una forma específica de provincianismo británico en estos trabajos, que conjugan la internacionalización de las herramientas teóricas con la indiferencia hacia cualquier vía de comparación y con la falta de interés por los desafíos de los flujos culturales transnacionales.

III - ¿Un "giro" etnográfico?

En la historia de los *Cultural studies* se asocian los años ochenta con la imagen de un "giro etnográfico". Es una manera cómoda de designar un desplazamiento de las problemáticas y, más aún, de los protocolos de investigación hacia un estudio de las modalidades diferenciales de recepción de los medios de comunicación social, especialmente en lo que respecta a los programas televisivos.

¿Giro o reescritura de la historia?

Aunque aparezca, como si se tratase de una evidencia, en la mayor parte de los informes sobre la evolución de la corriente, nos parece que hay que tratar esta metáfora con un poco de circunspección. ¿Habrían descubierto los *Cultural studies*, con la entrada en la década de los ochenta, las virtudes del trabajo etnográfico? Basta con remitirse al anterior conjunto de trabajos de la corriente para darse cuenta de hasta qué punto semejante reivindicación tiene más que ver con un abuso de autoridad que con una descripción creíble de las evoluciones. Los estudios de Hoggart sobre las culturas populares ¿no implicaban, ya en 1957, una clara opción etnográfica? Los trabajos de Hebdige o Willis, ¿habrían sido ajenos a este enfoque? Si hubo que esperar un giro en el umbral de la década de los ochenta, ¿cómo se explica el hecho de que la mayoría de los textos producidos durante la segunda mitad de los años setenta y recogidos en un *reader* del CCCS (Hall, Hobson, Lowe, Willis, 1980) estén agrupados en una sección titulada, con propiedad, *ethnography*? Reconocemos que nuestras reticencias ante esta historia oficial e imaginaria de la corriente son tanto mayores cuando una de las obras (junto con

Nationwide) ascendidas, retrospectivamente, al nivel de punto de referencia de la mutación no es sino *Watching Dallas* de Ien Ang, publicada por primera vez en Holanda en 1982. Aunque esta investigación resulta muy interesante, por los interrogantes planteados acerca del placer de los telespectadores de *Dallas*, hay que señalar que la noción de "realismo emocional" que elabora está basada en 42 cartas de lectores y lectoras del semanario holandés *Viva* obtenidas por la autora a través de un anuncio en el que proponía a los lectores que le comunicasen por escrito sus reacciones ante la serie. Esto tiene poco que ver con la etnografía descrita en el manual de Marcel Mauss...

¿Significa esto que hay que pretender que no hubo nada, ni giro ni etnografía? De hecho, no. En los años ochenta se produjeron mutaciones realmente importantes, lo suficiente como para pasar por alto las narraciones mágicas o interesadas. Aun a riesgo de ofrecer una descripción reductora, puede sugerirse que uno de los factores clave en la nueva orientación de los trabajos consiste en redefinir las modalidades de análisis de los medios de comunicación social. Como ya se ha visto, los investigadores de Birmingham, a través de los problemas de la cultura y la hegemonía, habían otorgado poco a poco una importancia creciente al análisis de los medios de comunicación y sus programas. Pero sus enfoques adolecían de lagunas patentes. Si resultaban a menudo fecundos los análisis internos de segmentos de la programación, que se inspiraban en los métodos semiológicos o lingüísticos, el estudio de las modalidades concretas de recepción no superaba, en los casos de Hall y Morley, el nivel de la producción de esquemas de análisis fundamentalmente programáticos. Si hubo un "giro" al principio de la década de los ochenta, consistió en prestar una atención creciente a la recepción de los medios de comunicación social, tratando de operativizar modelos como el de la codificación-decodificación. Para ello, los investigadores van a desplegar una gran inventiva en la búsqueda de métodos de observación y comprensión de los públicos reales, entre otros mediante técnicas etnográficas⁽¹⁸⁾. No se trata de una evolución menor. No se corresponde precisamente con el coro de "hagamos tabla rasa de lo hecho en el pasado".

Charlotte Brunson y David Morley⁽¹⁹⁾ son los que van a aplicar, de un modo crítico, el modelo de Hall, con un estudio sobre la recepción del magazine informativo *Nationwide* (1980). Lo que pretendían Brunson y Morley era, a la vez, escapar a la fascinación semiológica que ubicaba en el texto un programa de percepción y lectura tan poderoso que se

imponía a todos los receptores, y testear, de forma empírica, el modelo de Hall. Van a ser los primeros en introducir, para ello, la técnica de los *Focus groups*, con lo que van a observar las reacciones a la transmisión de episodios de este programa, en 29 grupos que representan a ámbitos sumamente distintos. *Nationwide* supone un doble avance científico. La investigación hace posible la verificación empírica de la legitimidad del planteamiento analítico de Hall, sin dejar de señalar sus insuficiencias y lagunas, ya que el modelo de Hall mezcla cuestiones de comprensión, reconocimiento, interpretación y reacción. Centrado en la importancia del estatuto de clase, el modelo no dejaba aprehender la importancia del entorno hogareño de percepción, ni la de las relaciones dentro de la familia. El trabajo sobre los *focus groups* está en el origen de preguntas innovadoras sobre el papel de los medios de comunicación social en los distintos registros creadores de identidad. En la línea de Morley, y luego de Ang, el recurso a las condiciones en las cuales se debían desarrollar las encuestas, que intentaban ser cada vez más acertadas y más próximas a las reacciones de los televidentes, va a tener bastantes adeptos en el extranjero. En Suecia, Dahlgren (1988) utiliza las conversaciones sobre la televisión como soporte de sus investigaciones. James Lull (1983) entra en los hogares para observar *in situ* a los telespectadores. Con lo que se acentúa el desplazamiento de las problemáticas, iniciado por Morley, hacia la dimensión *gendered* de las recepciones y hacia la relación con los instrumentos técnicos de comunicación. También tiene como consecuencia una integración cada vez mayor de una parte importante de los *Cultural studies* y de sus trabajos más visibles en el campo más antiguo y tradicional de las investigaciones en comunicación.

Giro epistemológico, giro político

Plantear como motivo de las evoluciones de los *Cultural studies* un cambio en los métodos de investigación que, por su propia dinámica, provocase una serie de redefiniciones de las problemáticas y acercamientos con otras corrientes de estudios, sería valorizar una lectura demasiado académica de su movimiento, amputando estas evoluciones de su parte política, y se olvidaría también que la investigación no se desarrolla en el mundo único de las ideas y los métodos.

El "giro etnográfico" es indisociable de otros virajes que marcan a Gran Bretaña y al mundo de la década de los ochenta. Un viraje político,

con la asunción del mando del gobierno por Margaret Thatcher, al frente del cual permanecerá durante más de diez años; un viraje conservador generalizado, con las políticas puestas en marcha por ella en materia de privatizaciones y los enfrentamientos directos con las organizaciones sindicales (mineros); y un viraje económico, con los efectos crecientes de la globalización sobre la desocupación y la evolución de lo "social". Stuart Hall, el más "político" de los investigadores de la corriente, intuye con mucha antelación dichos cambios. Resulta significativo el que haya abandonado la dirección del Centro de Birmingham al final de los años setenta para reinvertir, casi inmediatamente, parte de sus energías de empresario en *Marxism Today*, convirtiéndose en uno de sus más importantes redactores e incluso, como afirman algunos, en su líder intelectual. Existe una constante en todos sus escritos y crónicas, especialmente en los de la segunda mitad de los años ochenta, hasta la desaparición de la revista, en 1991: los nuevos tiempos (*New times*) del postfordismo acarrear el debilitamiento de las "solidaridades tradicionales" y dan origen a un nuevo tipo de "individualidad", que "se aparta de las líneas de continuidad que antes estabilizaban nuestras identidades sociales".

"Una frontera que los *New times* han desplazado -escribe en *Marxism Today*, en octubre de 1988- es la que existe entre las dimensiones objetivas y subjetivas del cambio. Se acrecentó la importancia del sujeto individual y cambiaron nuestros modelos de 'sujeto'. Desde ahora, no es posible concebir al individuo como un Ego completo y monolítico o como un yo autónomo. La experiencia del yo queda más fragmentada, marcada por la incompletud y compuesta por múltiples 'yo', múltiples identidades vinculadas con los distintos mundos sociales en los que uno se sitúa. Algo que ha sido lastrado por una historia, un producto, un proceso. Estas vicisitudes del sujeto tienen su propia historia, que remite a los episodios clave del tránsito hacia los nuevos tiempos. Incluyen la revolución cultural de los años sesenta, 1968 en especial, con su sentido agudo de la política como teatro, el lema feminista *The personal is political*, el psicoanálisis con su redescubrimiento de las raíces inconscientes de la subjetividad, las revoluciones teóricas de las décadas de los sesenta y setenta -la semiología, el estructuralismo y el postestructuralismo- con la atención que prestaron al lenguaje y la representación. Este componente de retorno a lo subjetivo sugiere que, para dar cuenta de los Nuevos Tiempos, no podemos contentarnos con un discurso que acata las

antiguas distinciones entre dimensiones objetiva y subjetiva del cambio. Pero tal renovación conceptual crea dificultades a la izquierda. Su cultura convencional, que subraya las 'contradicciones objetivas', las 'estructuras impersonales' y los procesos que actúan 'a espaldas de los hombres' (sic), hizo que fuéramos incapaces de enfrentarnos de un modo coherente a la dimensión subjetiva en la política" (Hall, 1988, 41). Bajo el pretexto de la necesidad de adaptarse a los Nuevos Tiempos, *Marxism Today* incluso modificó gradualmente su presentación, tratando de incorporar la "nueva pluralidad de los modos de vida", ¡con lo que adoptaba los esquemas de los estilos sociales propios de la industria publicitaria! Muchos críticos no dejaron de ver en estas renovaciones la manifestación de una reorientación de los editores y un indicio de la *Retreat of the Intellectuals* (Saville, 1990).

La paradoja a la que conduce Hall aquí consiste en señalar en qué aspectos dichos Nuevos Tiempos, con sus traslados de problemáticas, constituyen también resultados y continuidades con respecto a los temas centrales de los *Cultural studies*. Estas problemáticas no pueden interpretarse, por lo menos del todo, como la crónica paralela de una dislocación (la de la identidad obrera, cuya erosión es observada por primera vez por Hoggart) y la búsqueda de nuevas cristalizaciones de identidad, especialmente a través de la cartografía de las subculturas. Los nuevos tiempos del thatcherismo y la globalización también tienen el efecto de acelerar dicha dislocación de identidades sociales vinculadas con el mundo obrero de antes. También están marcados, en Gran Bretaña, por una suerte de hundimiento de los grandes referentes políticos, que manifiesta la impotencia de un Partido Laborista que, en 1996, va a cumplir sus dieciocho años sucesivos como partido de oposición. En este contexto, en el que dejan de heredarse modalidades que, hasta entonces, contribuían poderosamente a la estructuración de identidades políticas, sociales y nacionales, la cuestión de las recomposiciones de identidades se convierte en un desafío político sumamente importante, así como, de paso, la del papel de los medios de comunicación social y el funcionamiento del espacio público. Este último nunca constituye, tal como lo demuestra Calhoun en un texto importante (Bourdieu y Coleman, 1991), un mero foro de la Razón, en el que se intercambian argumentos y puntos de vista, sino un auténtico mercado de identidades en el que se ofrecen, a través de los flujos de bienes culturales, propuestas de identidad y principios de elaboración del "nosotros". Se en-

tiende entonces la posibilidad de considerar el "giro etnográfico" como una continuidad, como un esfuerzo por identificar los medios más eficaces para analizar, en el terreno, los enigmas relacionados con los procesos de descomposición y recomposición de identidades, y para llegar a entender determinados consumos culturales, ciertas opciones identitarias e ideológicas y ciertos "placeres" mediáticos, que los intelectuales marcados por el marxismo no pueden dejar de considerar escandalosos.

Sobre la base de sus diagnósticos referidos a las nuevas condiciones de formación de las identidades sociales, Hall no dejó de afirmar desde entonces que la cultura había llegado a ocupar una posición central en la gestión de las sociedades y del planeta y, en consecuencia, en la forma de abordar la acción política. Por lo que respecta a las investigaciones académicas, Hall explicaba, en 1991, el "nuevo posicionamiento" de los *Cultural studies* mediante la insistencia en determinados factores mayores que obligaban a "superar las fronteras". Figuraban entre ellos:

1. La "globalización" de origen económico, este "proceso parcial de descomposición de las fronteras que forjaron tanto las culturas nacionales como las identidades individuales, especialmente en Europa".
2. La fractura de los "paisajes sociales" (*social landscapes*) en las "sociedades industriales avanzadas", con la consecuencia de que el "yo" (*self*) forma parte, de ahora en adelante, de un "proceso de elaboración de identidades sociales, en el que el individuo se define con respecto a distintas coordenadas, sin que pueda quedar reducido a una o varias de dichas coordenadas" (ya se trate de la clase, la nación, la raza, la etnia o el género).
3. La fuerza de las migraciones que "transforman calladamente nuestro mundo".
4. El proceso de homogeneización y diferenciación que socava, desde arriba y desde abajo, la fuerza organizadora de las representaciones del Estado-nación, la cultura nacional y la política nacional (Hall, 1991).

Como puede notarse, lo que se calificó de viraje etnográfico en los *Cultural studies* es también la repercusión de una crisis de la izquierda y forma parte de un diagnóstico político para aquellos que, como Hall y Morley, fueron adeptos del movimiento social desde su entrada en el campo de los *Cultural studies*. Si muchos están al tanto del compromiso de Hall, el trabajo militante de Morley, aunque considerable, es menos conocido. Antes de ingresar a la Universidad de Brunel, él fue uno de

los responsables clave de la editorial Comedia⁽²⁰⁾, que estaba vinculada con numerosos movimientos sociales (feministas, antinucleares, antirracistas, comunitarios y cooperativos) y con la búsqueda de medios de comunicación alternativos, en los años setenta y los primeros de la década de los ochenta. La adhesión a un cierto empirismo básico que supone el enfoque etnográfico resulta indisociable, no sólo del retorno a lo subjetivo y al problema de la "multiplicación de identidades", sino también de una noción de sociedad civil entendida como el lugar de la diversidad y la diferencia. Esta concepción suscitó, en el seno de la izquierda británica, un debate sobre el "culto a la sociedad civil", sobre los usos y abusos de dicho concepto de "sociedad civil" como lugar idealizado de todas las emancipaciones (Meiksins Wood, 1990).

Relevos generacionales

Finalmente, no es sólo a través del prisma de los debates epistemológicos, ni siquiera de un contexto político-social, que pueden leerse los nuevos tiempos y el viraje etnográfico. Estos se explican también por procesos generacionales. Se trata, primero, de la llegada de lo que podría denominarse la tercera generación de investigadores, posterior a la de los padres fundadores y a la de Birmingham. Se trata también de la llegada a la edad adulta y adolescente de generaciones que fueron socializadas, desde su más tierna infancia, por los medios audiovisuales y todos los recursos de las industrias culturales (videojuegos, etcétera), y cuyas jerarquías culturales ya no son las de la generación de los *baby-boomers* europeos, a la que aún pertenecían los investigadores de la segunda oleada de los *Cultural studies*. Las sensibilidades culturales y las relaciones con los medios de comunicación social cambian, por lo que se hacen también necesarios métodos de investigación más aptos para captar lo "común del sujeto".

El estadounidense Larry Grossberg, quien se convertirá luego en uno de los mayores exponentes de los *Cultural studies* en su versión norteamericana, bien daba cuenta, en 1983, de esta nueva manera de considerar la cultura masiva, cuando reconocía la dificultad a la que podía enfrentarse un investigador que quisiese adentrarse, con las categorías consagradas por la mayor parte de las teorías críticas existentes, en un terreno en el que "más que de entendimiento, se trata de placer". Esto se había convertido en una evidencia para él en el trato cotidiano con sus

estudiantes. Llegará poco a poco, a través de los temas investigados, a poner en tela de juicio la noción de identidad basada en una diferencia negativa -que, en su opinión, impregnó los *Cultural studies*- y la noción de resistencia (Grossberg, 1996). La identidad cultural debe concebirse como una "producción positiva". Lo que explica su intento de "inyectar algún movimiento y movilidad en la formación de la identidad", con el fin de superar lo que califica de "concepciones polares de la identidad", en virtud de las cuales los individuos quedan divididos entre dominantes y marginales, metropolitanos y periféricos, etcétera. Interpreta a su propia manera los análisis de Deleuze y Guattari en *Mil Mesetas*, por lo que habla -su formulación resulta a veces algo confusa- de "territorialización de la vida cotidiana", de "lógica espacial en la vida cotidiana" y de "la forma según la cual la gente vive la libertad, siempre parcial, de establecerse en y trasladarse a través de las capas de la realidad, dentro de las cuales se constituyen mutuamente sus identidades e identificaciones (...) Es posible visualizar sus resultados bajo la forma de un diagrama, una configuración o una circulación móvil de 'lugares' o puntos en el espacio social, donde se articulan prioridades según densidades específicas, para la cristalización de la formación (de la identidad) y las alianzas" (Grossberg, 1996, 106-107). Por lo tanto, la subjetividad es espacial, en la medida en que se vive el mundo desde una posición específica en el espacio-tiempo, y está también relacionada con el movimiento y la trayectoria de los demás. Estamos lejos de las reflexiones de su competidor, James W. Carey, quien, en su intento de anclar la versión norteamericana de la historia de los *Cultural studies*, invocaba aún, en 1983, a Charles Wright Mills, David Riesman, Kenneth Burke y Harold Innis! (Carey, 1983).

Las intervenciones de jóvenes estudiantes que participaban en el seminario *Crossing Boundaries*, organizado en 1991, en Amsterdam, por el *European Network for Cultural and Media Studies*, son más concretas, y también más sugerentes, por lo que respecta al cambio de sensibilidad en relación con el tema de la constitución de la identidad. Citaremos dos de ellas. En relación con el modo de estudio de las subculturas: "la escuela de Birmingham, con Hebdige y Hall, dedicó muchos estudios a las subculturas, pero se observa, en los últimos años, una disminución de aquel tipo de estudios. Y esto por dos motivos. Primero, durante el gran período del Centro, se ha estudiado a las subculturas como si fueran identidades realmente establecidas, conceptos estables de formas

auténticas y originales de resistencia, en un momento histórico dado y en un lugar geográfico determinado. En segundo lugar, se suponía que cada subcultura causaba su propia muerte cuando estaba admitida en el seno de la *mainstream culture*: los punks británicos eran originales, por la extravagancia de su estilo y sus formas de expresión, pero cuando sus chaquetas de cuero se pusieron de moda, no quedó ningún auténtico punk. En este preciso momento, la industria de la mercancía incorpora a la subcultura punk... Creo que, ahora, este tipo de enfoque ya no es válido... Pude comprobarlo en mi investigación sobre lo que se llama, en Holanda, el *Hip Hop*. Esta subcultura no tiene una identidad fija... (el estudiante explicó que, entre el inicio y la conclusión de su investigación, las normas internas de los miembros de esta subcultura habían cambiado). Y todo esto por ser el *Hip Hop* una cultura muy internacional. Oriunda de los guetos negros de Harlem y el Bronx, se difundió en unos pocos meses, especialmente en Holanda e Inglaterra. Para considerarla de un modo adecuado, hay que hablar hoy de la dicotomía global/local. Cada subcultura *hip hop* local, regional o nacional ha añadido sus propios centros de preocupación y los ha conjugado (y los sigue conjugando) con normas y valores subculturales más amplios, conocidos en la subcultura en su conjunto" (Wermuth, 1991, 62). Otro estudiante señala: "pues, en mi opinión, los estudiantes de los *Cultural studies* no difieren mucho del resto de los humanos. Quizás somos un poquitín más conscientes. La mayor parte de nosotros prefiere Madonna a Mozart, Kundera a Kinsella, sabemos que, políticamente, la izquierda vale más que la derecha y que, por lo que respecta a los medios de comunicación social, preferimos las redes privadas a las cadenas públicas. En resumen, somos los hijos de nuestro tiempo, y nuestro tiempo es la década de los ochenta" (*European Network for Cultural and Media Studies*, 1996, 73).

Resulta revelador el desplazamiento gradual -que puede comprobarse en la última opinión- hacia la naturalización de la televisión en su forma institucional comercial. Este desplazamiento se inició en la primera mitad de los años ochenta. Un indicio importante lo dio la primera conferencia internacional sobre los *Television Studies*, organizada en julio de 1984 por el British Film Institute y el Instituto de Educación de la Universidad de Londres. Ien Ang, joven investigadora holandesa, "constituyó uno de los focos de atracción del evento, por haber tomado la noción de diversión o placer que la televisión comercial proporciona a la audiencia, como punto de partida de una comparación entre la he-

rencia del servicio público y los paradigmas de la televisión privada. Dicha comparación acabó en acusación contra el servicio público y en celebración unívoca de la comercial, considerada mucho más liberadora y emancipadora, por estar atenta a las expectativas populares de "diversión" (Mattelart y Mattelart, 1986, 150). Medida con esta vara, la idea de un servicio público ajeno a los "deseos y preferencias populares" no era sino una "coartada para colocar a los telespectadores en un marco paternalista" (Ang, 1985, 264-65). El retorno al placer cotidiano se producía explícitamente en nombre de la necesaria ruptura con la pesada tradición de las escuelas negativas: la escuela de Frankfurt y la corriente estructuralista. Con la confusión entre lo corriente del placer y lo corriente de la televisión comercial se perfilaba la conformidad, o por lo menos, la neutralidad de la investigación ante el proceso de privatización y desregulación de los paisajes audiovisuales, y esto se producía justo en el momento en que los países de la Comunidad Europea emprendían un largo debate sobre la televisión sin fronteras y se inquietaban por las consecuencias negativas de unas estrategias comerciales salvajes a la italiana. Esta idea específica de placer es el núcleo del estudio de Ang sobre la recepción de *Dallas*. Un trabajo que anuncia tanto una oleada "etnográfica" como un nuevo interés, liberado de los tabúes ideológicos, por el aspecto del placer en la recepción.

IV - El Big Bang de los Cultural Studies

Iniciado en la segunda mitad de la década de los ochenta, el proceso de expansión planetaria de los *Cultural studies* va a acelerarse en los años noventa. Esta prodigiosa dilatación de este "algo" cuya clasificación empieza a ser arriesgada (¿es todavía una "escuela", una "corriente" coherente, una problemática, o se trata más bien de una institución académica o un "hecho social"?) adopta una doble forma. Se trata primero de una migración geográfica, no sólo hacia América del Norte, sino también hacia América Latina y hacia Australia y un buen número de países de Asia. Más aún, los *Cultural studies* se colocan en el centro de una espiral expansionista y no dejan de reivindicar, como elementos constitutivos de su identidad, a nuevos autores, nuevos objetos y nuevos problemas, de acuerdo con un proceso identificado de un modo bastante clásico con la invención de una tradición. Al mismo tiempo, esta buena racha social y académica viene acompañada por procesos contradicto-

rios, vinculados con la erosión implacable de un conjunto de "bases" y soportes que estaban en el origen del despegue de esta corriente en el Reino Unido, así como con su fragmentación creciente a través de las problemáticas, las revistas, las camarillas y la dispersión de los proyectos intelectuales.

Las tensiones de la institucionalización

El proceso de expansión de los *Cultural studies* fue paralelo al debilitamiento del conjunto de factores que estuvieron en el origen de su despegue.

Hay que empezar por insistir en el proceso de despolitización -no existe otro término para designar el fenómeno- de este movimiento de investigación. Se recordará que toda la génesis de la corriente estaba estrechamente vinculada con el clima político que, a fines de los años cincuenta, había quedado reflejado en la aparición de la nueva izquierda. Resulta que una parte importante de la red que federaba de un modo soterrado a los intelectuales de izquierda británicos, proporcionándoles los contactos con los movimientos sociales y los medios populares, se desmoronó al cabo de veinte años. La crisis en el movimiento sindical, los ataques de los gobiernos conservadores contra las instituciones culturales y las de formación continua, así como las dificultades para estructurar los componentes de la izquierda laborista, se conjugaron para reducir hasta casi nada las articulaciones entre investigadores y movimientos sociales (Mellor, 1992). La desaparición de *Marxism Today* en 1991 (Dixon, 1996), puede ser considerada como un síntoma de desmoronamiento de estos lugares de interfaz. La confusión en las oposiciones políticas, simbolizada por la llegada de Tony Blair a la cabeza del *New Labour*, y la desaparición o la retirada de los padres fundadores, con la excepción de Hall, contribuyen también a convertir a los herederos de los *Cultural studies* en huérfanos de la militancia.

Sería tentador parodiar el título, ya de por sí paródico, de uno de los primeros libros de Ien Ang (1991), y decir "Se busca una causa, desesperadamente", al leer que, en un texto de 1996, Ang cuestiona, no sin razones, el fenómeno del abandono del compromiso por parte de los investigadores. En él advierte a Morley sobre los riesgos de una actitud demasiado académica, aunque no logra superar las vagas fórmulas respecto de la necesidad para los investigadores de considerar que su tra-

bajo científico debe ponerse al servicio de "los públicos". Existe en los *Cultural studies* toda una línea que puede identificarse con el seguimiento -nostálgico en el caso de Hoggart, atento a las reconstituciones de identidad en el de Hebdige-, no sólo del proceso de disolución del mundo obrero y su cultura, sino también de las fuerzas políticas relacionadas con él. Los "progresos" irreversibles de tal proceso en Occidente también tienen repercusiones en los investigadores. Tienen su lado positivo, ya que hacen reflexionar sobre los procesos de constitución y los principios de estructuración de las nuevas identidades. Pero también presentan un lado más discutible, ya que impulsan una forma de búsqueda de unos elementos "populares" que se hubiesen mantenido intactos, un mundo perdido, El Dorado, en donde las problemáticas de hegemonía, resistencia y conflictos de clase hubiesen mantenido su vigencia. La importancia conferida al Tercer Mundo, y más precisamente a América Latina, sirve para ilustrar este peligro: el de la ambigüedad de un tipo de reconocimiento de teóricos latinoamericanos, entronizados en el club de los *Cultural studies* como portavoces de los "buenos salvajes" de la resistencia cultural y defensores titulares de la atalaya en la cual siguen teniendo sentido las viejas problemáticas y los viejos combates. ¡No hay casi nada nuevo bajo el Sol! Desde la conquista de aquella parte del Nuevo Mundo, la Europa etnocéntrica siempre consideró ese territorio de utopía como el semillero de un "complemento de alma". Pero dicha postulación simplista del mundo latinoamericano resulta tanto más paradójica cuando se olvida de la crisis que, allá también, afecta al pensamiento crítico y provoca intensos debates entre los investigadores.

El proceso generalizado de deslegitimación de los intelectuales y de su función crítica, en provecho de nuevas figuras de referencia, héroes de la guerra económica u oráculos mediáticos, contribuye también a la marginalización de una clase intelectual que nunca tuvo en Gran Bretaña la legitimidad que históricamente pudo reivindicar en Francia. Si se añade a estos datos el de la auténtica sangría que contribuyó, bajo la forma del reclutamiento en el exterior (especialmente en Australia y América del Norte), a que dejaran el Reino Unido muchas figuras destacadas de los años Birmingham, se empezará a entender el debilitamiento del movimiento en el territorio en el que nació.

Sin embargo, esta situación resulta paradójica ya que, al mismo tiempo, se produce un notable auge de los departamentos de *Cultural studies*, como lo evidencian la inflación editorial y el aumento de revistas. De un

modo más fundamental, se esboza una nueva geografía académica planetaria que, con la única excepción del África negra y árabe y la Europa continental, cubre el planeta con una densa red de departamentos de Cultural studies, desde Formosa hasta Sidney, pasando por Ciudad del Cabo, Toronto (Blundell y Sheperd (Eds), 1993) y Bloomington. Por lo demás, Gran Bretaña no está apartada de este proceso, ya que los fenómenos de desvitalización que se acaban de mencionar van acompañados, simultáneamente, por el aumento de los departamentos de *Cultural studies*, sobre todo en los nuevos centros superiores, los "Polytechnics" ascendidos al nivel universitario⁽²¹⁾. La lógica conquistadora de los nuevos *Cultural studies* se observa, a través de la lectura de los readers sucesivos, también en el proceso de anexión de nuevos autores y terrenos⁽²²⁾, cada vez más visible y a menudo excesivo. Aunque no se les dé a tales referencias el estatuto de un análisis definitivo de contenido, resulta bastante esclarecedor al respecto comparar algunas obras introductorias destinadas a los estudiantes (Collins, Curran et. al. (Eds), 1986; During, 1993; Polity, 1994). La lista de autores de referencia que sean suficientemente indiscutibles como para pertenecer a una suerte de herencia reivindicada por todos, resulta finalmente muy corta (Barthes, Hall, Hebdige, Williams), ya que la inclusión en la tradición del legado de la economía política de las comunicaciones no es, ni de lejos, compartida por todos. Al mismo tiempo, se observó muy claramente, en especial en During, un doble proceso de adjunción. Se trata, por una parte, de incorporar en una supuesta tradición de los *Cultural studies*, a autores que, en la práctica, tienen poco que ver con su punto de partida (Bourdieu, Foucault, los postmodernos), y en una dirección distinta, el proceso acumulativo incorpora a la corriente un porcentaje, en una progresión exponencial, de investigadores que se dedican a los medios de comunicación social, los *gender studies*, la geografía humana, la etnicidad, el ocio y el consumo. Se puede leer en filigrana, en tal dispersión de temas, el papel importante que desempeñó la identidad en el desplazamiento de las problemáticas. Cuando las identidades sociales "clásicas" se disuelven o son consideradas por los investigadores como menos pertinentes, se está obligado a buscar otros principios de construcción de identidad y de matrices subculturales, en la raza, el género (*gender*), y en la relación con los medios de comunicación social y el consumo (During, 1993, Prefacio).

El estallido

Es posible apreciar inmediatamente los resultados de esta tensión entre pérdidas de anclajes sociales e institucionalización académica en la propia naturaleza de los productos científicos que reivindican la etiqueta de los *Cultural studies*. Como observó con razón Morley (1992), una parte de los trabajos británicos resulta realmente "inexportable", ya que para su comprensión hay que estar familiarizado con la sociedad británica. ¿Cómo entender el análisis completo de *Nationwide* cuando no se ha visto nunca este programa en la televisión? Por lo que son los textos más teóricos y, a veces, más teoricistas, los que soportan mejor el viaje e impulsan una producción de metateoría, a la que no estorba la falta de apoyo en algún terreno. Uno de los rasgos menos seductores del rumbo actual de los *Cultural studies* consiste sin duda, con la excepción de los estudios de la recepción, en esta propensión hacia el teoricismos, en la tendencia a la glosa, ya no de las obras de Marx, sino de las de Baudrillard o Habermas. El fenómeno ha adquirido tanta amplitud que el lector de las revistas y las innumerables obras que, como consecuencia del flujo editorial, llegan hasta su biblioteca, puede preguntarse, y con razón, como lo hizo Blundell (1993), si el consumo, más grato, de las novelas de Kureishi (1990, 1995) o de los filmes de Frears no le serían de mayor provecho respecto de los temas de "multiculturalismo", "identidades", "estilos de vida", etcétera.

Asimismo, cabe sospechar, como hacen Murdock (1995) y Chaney (1994, 25), que la fascinación creciente por los signos, los simulacros o las representaciones, que se refleja en una parte importante de la producción (Lash y Urry, 1994), está de algún modo relacionada con la situación social de una comunidad universitaria que no tiene acceso a los mecanismos de toma de decisión y está condenada, por un mecanismo de *cámara oscura*, a una sombría fascinación por lo simbólico, además de estar más interesada por alimentar su *curriculum* académico que por observar la recomposición dudosa y lenta de las fuerzas sociales.

El conjunto de estas evoluciones ha suscitado, en la década de los noventa, un estallido de los *Cultural studies*, un proceso multiforme de disolución alrededor de nuevos temas y de paradigmas reciclados, lo que convierte cualquier intento de cartografía en una empresa muy arriesgada, como si, al estar en todas partes, los *Cultural studies* corriesen el riesgo de no estar en ninguna. No obstante, sugerimos, a modo de

referencias provisionales, una triple polaridad, que, sin excluir la posibilidad de superposiciones, puede ayudar a circunscribir la disolución-recomposición del ámbito.

Para una parte de los investigadores, la dinámica de los *Cultural studies* volvió a centrarse en una sociología de los medios de comunicación social, pero concebida de un modo más amplio, sin que resulte siempre fácil entender qué era lo que absorbía y qué quedaba absorbido. *Media, Culture and Society* constituye una ilustración de esta opción, que tiene también como objetivo la articulación de la dimensión económica en los trabajos sobre la recepción y los medios de comunicación.

Una segunda dinámica, que reivindica de un modo más ruidoso una vocación teórica, trata de vincular muchos legados de los *Cultural studies* de los años setenta con los requerimientos de destacados modelos teóricos que tienen un origen tanto sociológico (Elias, Bourdieu) como filosófico (Habermas, Gadamer). Creada en 1983, la revista *Theory, Culture and Society* es la abanderada de esta orientación, en la que se codean, aunque no siempre mezclándose, la voluntad de producir una metateoría cultural (su lema podría ser: "¡Si eres más postmoderno que yo, mueres!") e intentos por reorientar problemáticas más antiguas hacia objetos inéditos: consumo, turismo, video.

Una tercera opción, identificable en los recientes estudios de David Chaney (1994) y también, pese a las diferencias, en los de Hall (1996), se enfrenta, de una forma especialmente explícita, con la interrogación relativa al agotamiento de los *Cultural studies*. La hipótesis subyacente es la de un cambio de estatuto de lo cultural en el capitalismo contemporáneo. Hall subraya que la cultura dejó de ser el equivalente del glaseado o la guinda sobre la torta y que está incorporada ahora, a través de la publicidad, el marketing y las exigencias de estilos de vida, en todo el tejido social y mercantil. Por su parte, Chaney resalta que la cultura no puede ser considerada por mucho más tiempo como lo que confiere sentido a la experiencia, sino como el propio contenido de la experiencia social, como un ingrediente de la propia sustancia social, de la que el diseño, con su opción por el embellecimiento de la cotidianeidad, constituye una metáfora oportuna. Estos análisis estimulantes pueden señalar una vía en la cual podrían internarse los *Cultural studies*, si tomaran nota de una forma de "inmersión" de todas las prácticas sociales en la cultura. Lo que vuelve a poner en tela de juicio la gran división entre los terrenos económico y cultural... y exige, de modo correlativo, la inven-

ción de nuevas modalidades de estudios interdisciplinarios y la nueva integración de la dimensión económica en la manera de pensar la cultura.

Un desafío clave: la globalización

En el juego de paradojas que marcan la evolución reciente de los *Cultural studies*, la cuestión de la globalización adquiere una dimensión estratégica. A partir de la década de los años ochenta, a través de la problemática de la internacionalización de los medios de comunicación social y de las formas de la cultura masiva, la corriente extendió su imperio hasta los confines del mundo, con lo que perdió sus raíces y, en opinión de muchos, su alma. ¿Una paradoja? Sí, ya que en los momentos más álgidos de los debates políticos ocurridos en las décadas anteriores, casi no se refirió al tema.

En este cruce de fronteras surgió un nuevo lugar de reunión, el de la "globalización", una noción que se encuentra hasta la saciedad en los más diversos autores y cuyos usos y difusión se hacen tan laxos que se convierte en un nuevo comodín. Por lo demás, la literatura británica ironiza a veces al respecto, utilizando el término *globaloney* -un equivalente posible sería "globalerías"- para referirse a la degeneración de este debate fundamental en un tópico presente en cualquier discurso vanguardista. Global y globalización se han convertido en palabras fetiches, en una semántica aceptada sin beneficio de inventario previo y que desempeña el papel de lugar donde no se encuentra sino aquello que uno mismo ha aportado. Lo que resulta sospechoso es la ausencia de cuestionamiento acerca del origen de aquellos términos anglosajones (ya que fueron traspuestos, sin más, a las lenguas latinas). Habría que preguntarse, por ejemplo, cómo, en el transcurso de los años ochenta, pasaron de ser el feudo de los estrategas militares a incluirse en el lenguaje de la geo-finanza y el geo-marketing -en donde designaban una concepción cibernética del proyecto de nuevo orden mundial-, y cómo, y sobre todo por qué, al final de su trayecto, encallaron en las ciencias de la cultura. Lo que es el colmo en un enfoque que se dice firmemente contrario a los partidarios de visiones economicistas (Mattelart, 1992, 1996). La inconsciencia llegó hasta tal extremo que los *Cultural studies* se apoderaron simultáneamente, sin tomar mayores precauciones epistemológicas, de otro término, que provenía directamente de las teorías japonesas de la gestión de empresa postfordista, el de *glocalisation*,

para referirse a la necesaria articulación de lo local con lo global, término constantemente repetido, como si fuera un estribillo, en los análisis de los productos de la "cultura global". ¿Cómo no estremecerse ante el empleo reiterado de la noción de "glocalisation", usada a tontas y a locas, para referirse al proceso que viene a complementar el de la globalización, el de la "fragmentación" cultural, cuando se sabe que, en su origen, fue utilizada por los especialistas del marketing para nombrar la "segmentación" de los objetivos o la repartición, en grandes segmentos transfronterizos, de los consumidores que compartían los mismos estilos sociales? (Mattelart, 1989; Neveu, 1990). Existen transferencias que resultan muy elocuentes respecto de los nuevos tipos de connivencia conceptual entre las lógicas mercantiles y el mundo académico.

Se nos suelta que la "globalización" es un hecho, una fatalidad. No hay ningún distanciamiento respecto de esta pesada tendencia de las economías. Las descripciones del nuevo panorama global bien pueden valerse de un léxico foucauldiano, con el que hoy se describe el poder como "disperso, difuso, volátil, complejo, interactivo". Siguen siendo vagas e imprecisas, ni verdaderas ni falsas. Esta indefinición se debe también al carácter muy selectivo de los conocimientos y las problemáticas que los *Cultural studies* movilizan en su expansión. Se diga lo que se diga, la integración en ellos de la dimensión económica sigue siendo muy superficial. Tampoco destacan por su incorporación de la historia. Se llega, como máximo, a afirmar que existe una diferencia entre globalización e internacionalización. Pocas veces se llega a una precisión mayor. En esta tendencia actual, la relación con el trabajo de campo, en los casos en que ha sobrevivido, se retrotrae, demasiado a menudo, hasta la dimensión del espacio familiar o la galería comercial (Shields, 1992), lugares de recepción de programas o de consumo de mercancías. Ante un mundo cuya complejidad no se reduce a un lema cómodo, los *Cultural studies* han abusado de una inflación de metadisursos, a expensas de la búsqueda de una teoría capaz de explicar dicha complejidad. Se recordará, como antes lo hizo Eliás, que sólo merecen la etiqueta de teoría las construcciones conceptuales gracias a las cuales se pueden resolver problemas y renovar la inteligibilidad de los objetos. La sofisticación conceptual oculta, de ahora en adelante, un pensamiento impregnado por los conformismos y que se siente incómodo ante la complejidad de las nuevas relaciones de fuerza interculturales, en un contexto de generalización de los sistemas técnico y productivo. De ahí a pensar

que su tratamiento resulta imposible sólo hay un paso, el que dieron, explícita o implícitamente, muchas investigaciones etnográficas centradas en la recepción de productos globales. Resulta significativo el que *Dallas*, o algún otro estandarte de la cultura global, haya sido utilizado como caballo de Troya para convencernos de la caducidad de la idea de hegemonía en el análisis de las relaciones entre culturas.

La matización de esta crítica resulta necesaria. Las nuevas reflexiones sobre los públicos que, por supuesto, no se limitan a las que criticamos aquí y que quedan insertadas dentro de un movimiento epistemológico más general de "vuelta al sujeto", constituyen un hecho muy positivo. Van en contra de las teorías deterministas que, durante las décadas de los sesenta y los setenta, insistieron demasiado en la influencia de las estructuras en las conductas de los usuarios de los medios de comunicación social y en su efecto alienante sobre un consumidor demasiado a menudo considerado como un mero receptáculo. Pero esta vuelta a un "individuo activo" tampoco está exenta de ambigüedad y se presta a desviaciones cuando, al centrarse de un modo unilateral en la libertad del individuo-consumidor de decodificar los programas u otros productos culturales, permite liberarse fácilmente de las preguntas planteadas por las condiciones de intercambio de un mercado de flujos que sigue siendo profundamente desigual. Esto tiene como resultado una subestimación de las determinaciones sociales y económicas, del peso de las grandes estrategias industriales y financieras, así como de los desafíos geopolíticos de la producción industrial de cultura y de comunicación. Se está tan obsesionado por las "lecturas negociadas" y la libertad individual en la determinación del sentido de los mensajes, que se olvida totalmente en qué sociedad vive el receptor y cuál es el margen de maniobra entre la autonomía individual y la coerción que el orden social y productivo deja efectivamente a los usuarios. Se legitima así la representación de una sociedad cuya transparencia es el resultado de la comunicación técnica. Simultáneamente, se deslegitima cualquier posición que siga considerando que, a la autorregulación mediante las lógicas del mercado, deben hacerle contrapeso políticas públicas que tomen en cuenta tanto la acción de la sociedad civil organizada como el papel que desempeñan los poderes públicos en tanto representantes del interés común. En este contexto surgió la ideología neopopulista de la *global democratic marketplace*, clave de la legitimación del libre comercio y cuyo argumento no necesita recurrir a malabarismos vagamente teó-

ricos para ser aceptado por las grandes instancias internacionales, en las que se decide la forma del futuro dispositivo de la comunicación: "dejen actuar a la libre competencia en el libre mercado entre individuos con libertad para escoger; del mismo modo que, en la soledad del cuarto oscuro, los electores tienen la libertad de votar a favor de uno de los candidatos, los espectadores deben disfrutar de semejante libertad cuando se trata de seleccionar el programa individual o familiar".

¿Puede reducirse la libertad del telespectador a la libertad de describir los productos de una industria que ocupa una posición hegemónica en el mercado? ¿No habría que concebirla también como la libertad de leer los productos de culturas no hegemónicas, empezando por la propia? La rehabilitación teórica unilateral del "receptor" desemboca así directamente en una naturalización de la subordinación cultural de determinados pueblos y culturas, lo que se denominaba "imperialismo cultural" hasta los años setenta, en la época de la toma de conciencia política de las grandes desigualdades sociales del planeta.

La figura del individuo-audiencia libre, que corre pareja con la vuelta vigorosa de las distintas formas de empirismo, equivale de algún modo a una confesión de impotencia, a una racionalización de la derrota y al abandono de cualquier reflexión sobre el *socius*. Cuando se reduce la "actividad" de los espectadores a la del mero consumo de productos en cuya elaboración no tuvieron nada que ver, se renuncia a plantear una pregunta central para la definición de la ciudadanía y la democracia en su relación con los medios de comunicación social y, de un modo más amplio, con todos los dispositivos de comunicación e información; una pregunta que, desde la teoría de la radio de Bertolt Brecht, preocupó a numerosas generaciones de críticos: ¿cómo puede efectuarse la apropiación colectiva de las redes y medios de producción de la cultura y la comunicación?

Todo esto resulta muy coherente con la "cultura de la retirada" del consumidor, tan apreciada por el ideólogo del neoliberalismo, Milton Friedman, para quien ésta constituye la única modalidad posible de resistencia metabólica a las leyes naturales de un mercado competitivo. Dicha "cultura de la retirada" expulsa del campo de las posibilidades a otra forma de resistencia, que consiste en "tomar la palabra" (Hirschman, 1970).

Más de diez años de evolución posibilitan también la comprensión de una de las paradojas, a largo plazo, del "giro etnográfico". Concebido

para que ciertos modelos teóricos puedan resultar operativos y para dar los apoyos empíricos que faltaban a los *Cultural studies*, este "giro" parece a veces provocar sorprendentes vueltas completas de dirección, las cuales desembocan en un acercamiento entre los partidarios del nuevo cauce de los *Cultural studies* y los investigadores más próximos al *mainstream*, y parecen una reinención de los buenos y viejos estudios de "usos y gratificaciones". Determinados intercambios de posición, que se pueden observar en las citas y las reseñas de obras, ofrecen el espectáculo de una sorprendente contradanza, en la que investigadores "empiristas", a menudo considerados por los partidarios de los *Cultural studies* como las grises encarnaciones de un academicismo conservador, rinden homenaje a investigadores críticos, por fin atentos a los hechos, mientras los hijos emancipados de la vanguardia descubren las virtudes desconocidas de los antiguos clásicos. Todo esto guarda a veces algún parecido con los equivalentes funcionales del vodevil, en el *small world* (Lodge, 1984) de las ciencias de la comunicación.

Tratados de paz

En efecto, lo que caracteriza el inicio de los años ochenta, tanto en el caso de firmes "militantes" de los *Cultural studies*, como Morley, como en el de los jóvenes "principiantes", como Ang, es una suerte de vértigo de la revisión crítica y el tambaleo de las ortodoxias, lo que lleva a investigadores con abundantes referencias críticas o con un bagaje marxista a descubrir las virtudes del sector privado de producción de programas y las ventajas de las redes comerciales. Morley (1992) hará un análisis retrospectivo, en el que la lucidez autocrítica se mezcla con el alegato *pro domo sua*, de los curiosos reencuentros que, a veces, parecen propiciar estas evoluciones. Su alegato crítico se centra fundamentalmente en la reivindicación de una doble superación. El desafío del giro que se dio en los años ochenta, y que se hizo más transparente con el paso del tiempo, habría consistido en una ruptura con las aporías de los *Cultural studies* anteriores: mediante el uso de herramientas sociológicas más rigurosas, mediante la opción estratégica por la verificación empírica de los modelos teóricos de análisis de la recepción y, también, mediante el cuestionamiento de una visión a veces mitificada de las "resistencias", que pudo ser provocada por una lectura exageradamente optimista de Michel de Certeau. De un modo paralelo, este momento de

superación supuso una rehabilitación crítica de una parte del legado empirista, al resaltar, por ejemplo, en qué aspectos los trabajos de Katz, Klapper, Lazarsfeld o Merton permitieron oponerse a las visiones más simplistas del poder de los medios de comunicación social, que estaban vinculadas con el modelo de la "aguja hipodérmica", y al restituir a las investigaciones del tipo "usos y gratificaciones" su componente innovador, que consistió en desplazar la atención hacia un receptor activo.

Morley subrayará también hasta qué punto este empirismo *revisitado* no puede ser totalmente rehabilitado, ya que estas investigaciones rehúsan establecer una distinción entre el consumo cuasi obligado del ocio televisivo por agentes dominados y la elección de un programa; insisten en la autonomía de los receptores, al punto de caer en una apología ingenua, en la que la capacidad de los televidentes para recodificar o para pescar furtivamente en el flujo audiovisual invalida cualquier interrogación sobre los contenidos o la apreciación de los programas; y presentan como renovación de los estudios de recepción (Liebes y Katz, 1993) una perspectiva de los "códigos culturales" que se abstrae de su génesis y de su *modus operandi*.

Incluso en sus vacilaciones y contradicciones, esta mirada retrospectiva de Morley constituye un testimonio importante. Da cuenta de una investigación "en desarrollo", que no suele tener la coherencia de las exposiciones destinadas a los manuales. ¿Significa ésto que hay que aceptarla sin reserva de inventario? ¿Cómo no sobresaltarse al observar la extraña asimetría de una doble superación en la que, por una parte, se rehabilita con mucha generosidad lo mejor del empirismo, por su capacidad para renovar las problemáticas de los *Cultural studies*, pero, por otra, se muestra poco celo en la explicitación y utilización de lo que constituiría la parte positiva de la herencia crítica? Aunque la reflexión retrospectiva sobre los legados de los "usos y gratificaciones" no constituye, en sí, una empresa censurable o inútil, tampoco hay que ocultar los presupuestos epistemológicos de aquellos trabajos. Presupuestos que, hace algún tiempo, fueron puestos de relieve por Beaud (1984): psicologismo; atribución a los agentes sociales de una capacidad para dar cuenta de sus prácticas, que convierte a cada uno de ellos en sociólogos en tiempo real; insistencia a menudo excesiva en los "poderes" de los receptores.

Finalmente, existen motivos bastantes sólidos para sospechar que algunos acercamientos hacia la antigua "vulgata" empirista no se expli-

can únicamente por el abandono de los sectarismos o por la efervescencia creadora del "giro" de la década de los ochenta. Katz, mascarón de proa del funcionalismo y autor de un conocido trabajo sobre la recepción de *Dallas*, escribe en 1990, a propósito del "retorno de los públicos": "la noción de participación, o el papel desempeñado por el espectador, en la medida misma en que abunda en la idea de una selección por parte del público, se convierte en un importante punto de convergencia entre neomarxistas, funcionalistas y teóricos del texto. Los neomarxistas aceptan contrastar sus propias lecturas de textos (análisis cualitativos de contenido) con el estudio empírico de las lecturas efectuadas por los espectadores. La idea de que un texto pueda ser recibido por sus destinatarios bajo una modalidad de oposición, rompiendo con sus pretensiones hegemónicas, significa una apertura de la teoría crítica a la posibilidad de una vulnerabilidad del *statu quo* (Hall, Morley, Fejes)" (Katz, 1990, 282-283). Morley (1991) no se quedará atrás en este cruce de reconocimientos. Al reseñar *The Export of Meaning* (Katz y Liebes, 1990), emite un juicio benévolo sobre esta obra, cuya importancia es indiscutible. Lo que resulta más sorprendente es que no sólo justifica esta apreciación por los aportes en el terreno de la recepción, sino también por las supuestas contribuciones de Katz y Liebes a la desmitificación de las teorías sobre el imperialismo cultural, aun cuando la visión que ellos dan de esta noción es discutible, ya que la caricaturizan bajo la forma simplista de "un mensaje hegemónico (que) el analista percibe en el texto y que se transmite a las mentes indefensas de los telespectadores en todo el mundo" (p. 4). En un artículo posterior, aunque se desmarque de los enfoques "populistas", Morley (1993, p. 14) vuelve a fundamentar su argumentación en sus trabajos, y en los de Ang, Radway, Katz y Liebes, unidos en una discutible coherencia contra una "tesis simplona de la ideología dominante". No parece discutible el que, en la década de los setenta, pudieron darse visiones "simplonas" del imperialismo cultural y la ideología dominante. Pero ¿puede darse por zanjado el debate por haber triunfado sin peligro sobre las interpelaciones más pobres? ¿Por haberse valido de una retórica de medias tintas, equidistante del populismo de Fiske (ver Seaman, 1992) y de las visiones apocalípticas de la "dominación"?

Si el interés por la recepción llegó realmente a constituir un importante punto de ruptura con el dogmatismo del período estructuralista, condujo también al ocultamiento de preguntas importantes y suscitó un

tipo de confusión, que adquirió los rasgos de una *receptionitis*, con la que se achataron todas las problemáticas interesantes relacionadas con los medios de comunicación social y se reanudaron los lazos con el viejo mediacentrismo. No se devalúa la fuerza renovadora de los trabajos de Morley o Ang (aunque también de Katz y Liebes) cuando se señala que sus contribuciones no descalificaron ni agotaron las problemáticas acerca de las relaciones de fuerza internacionales en materia de productos culturales, como tampoco las relacionadas con la génesis de los instrumentos de "decodificación". Cabe también preguntarse si una forma de repetición o a veces de relajamiento en los estudios sobre la recepción no está mostrando lo que, en el léxico de Kuhn, se correspondería con un agotamiento precoz del "paradigma" y con la necesidad de retomar con renovadas energías interrogantes que se abandonaron demasiado rápido. Esta falta de rigor permitió que teorías como las que algunos francotiradores (entre los que se cuenta Michel de Certeau) elaboraron sobre los usos subversivos de los medios de comunicación social o de la cultura masiva, llegaran a ser instrumentalizadas, sin que nadie se indigne, por el "marketing de la apropiación" (sic), que empezaron a formular las grandes redes globales de la publicidad y que se interesa por el consumidor cada vez más "inaprehensible". Y esto sin mencionar los usos aberrantes que se llega a hacer del mismo autor en las propias universidades.

A veces los *Cultural studies* y el neofuncionalismo están obligados simplemente a aliarse con el fin de designar a su enemigo principal: aquellos que, pese a todo, siguen pensando la interpenetración de las culturas, las economías y las sociedades, desde el reconocimiento del intercambio desigual entre dichas culturas y desde las lógicas de exclusión inherentes al proceso de integración geo-tecnológico-económico mundial.

Por lo demás, no es posible que la polémica deseada se produzca. Ya que para evitarla, conviene recordarlo, tanto los unos como los otros se amparan en simplificaciones extremas. Se remacha la idea, evidentemente falsa, de que los que siguen concibiendo la "globalización" de acuerdo con dichas lógicas de exclusión se adhieren a las antiguas teorías apocalípticas y a las concepciones monolíticas del poder que les estaban asociadas. Por desgracia, pululan los estudios que caricaturizan la historia de las investigaciones sobre los procesos de integración mundial, valiéndose para ello del nuevo contexto global, y consideran que la aportación de la economía política de los medios de comunicación so-

cial y la cultura se detuvo en los años setenta, con lo que pueden congelarla y, por lo tanto, desvalorizarla. ¿Cómo puede creerse, por ejemplo, en la seriedad epistemológica de autores que, como los británicos John B. Thompson o John Tomlinson, para mejor asentar su visión de una globalización que coincide con una postmodernidad disolvente, escogen, como ejemplos de la opinión contraria, estudios de Herbert Schiller sobre el "imperialismo cultural", publicados respectivamente en 1969 y 1976? Pasan sencillamente por alto las importantes revisiones, los desarrollos en el análisis de la mercantilización de la cultura, elaborados posteriormente por el docente de la Universidad de California, en una media docena de obras publicadas después de esa fecha (Thompson, 1995; Tomlinson, 1991; Schiller, 1996) ¡Existen prácticas que rozan la deshonestidad intelectual y que están más en conformidad con las normas de la competencia salvaje en el mercado libre que con las del trabajo de confrontación intelectual!

Semejante *black-out* resulta tanto más inaceptable cuando, a partir del final de la década de los setenta, se multiplicaron los balances teóricos acerca de las formas de abordar las articulaciones local/nacional/transnacional, y cuando están disponibles en lengua inglesa⁽²³⁾ muchos análisis críticos, respecto tanto de los conceptos forjados en los años setenta como de las evoluciones en los paradigmas de la economía política y la geografía que analizan el "capitalismo mundial integrado" (Mosco, 1996; Roach, 1997). ¿Hay que recordar que los primeros interrogantes acerca de la noción de imperialismo cultural (y la famosa teoría de la dependencia que salió de ella) no fueron formulados por los *Cultural studies*, sino que resultaron de un movimiento autocrítico por parte de los que la utilizaban para entender las dinámicas del orden mundial, en los tiempos de las movilizaciones contra la guerra de Vietnam, los golpes de Estado y las dictaduras militares? Un análisis como éste se remonta al año 1983: "la noción de imperialismo cultural y su corolario, la 'dependencia', ya no bastan hoy. Desde un punto de vista histórico, ambas nociones constituyeron una etapa fundamental en la toma de conciencia de los fenómenos y procesos de dominación cultural. Gracias a dicha conciencia se construyó, poco a poco, un campo político y científico, en el que se mezclaban estrechamente la subjetividad unida a los combates cotidianos y los intentos de formalización de un campo de observación. Sin el peso de la experiencia realmente vivida resulta imposible entender, no sólo las vacilaciones y los enfoques aproximados,

sino también las certidumbres conceptuales que surgieron en diferentes áreas geográficas y sectores sociales. Por lo demás, algún día habría que estudiar con más detenimiento la génesis de los sistemas de comunicación y la historia de los conceptos que los constituyeron en un terreno privilegiado de investigación. Esta inscripción en la historia es la única que hace posible la comprensión tanto de las continuidades como de las rupturas que dieron origen a nuevas problemáticas y herramientas, articuladas sobre los movimientos de la realidad" (Mattelart, Mattelart y Delcourt, 1983, p. 48).

Este trabajo de revisión crítica es el que llevará a la economía política a superar los límites de su reclusión disciplinaria y a incorporar tanto el enfoque antropológico como la profundidad histórica, para conferir un mayor rigor epistemológico al término trampa de "globalización". Las nociones de usos sociales y mediaciones simbólicas van a impregnar, poco a poco, el campo de los análisis referidos a los modos de implantación de las técnicas de comunicación e información que los enfrentamientos entre bloques habían llevado a examinar con la lupa del dualismo. La consideración de las subjetividades y de una intersubjetividad restituida en las mediaciones sociales que la estructuran también ha penetrado en muchos estudios, en los que se manifiesta el deseo de reconciliar las viejas dicotomías individual/colectivo y micro/macro (Mc Guigan, 1992). La economía política, tal como la concibió Garnham en su artículo-programa de 1979, perdió sin duda parte de su especificidad, pero el análisis de los procesos ha ganado en fineza e inteligibilidad política.

V - Para concluir provisoriamente

Entre la última moda teórica y la reinención de los "clásicos"

¡Todo es cultura! Uno de los méritos de los *Cultural studies* consistió en recordar el peso de dicha dimensión en los años sesenta, período durante el cual el "todo es política" servía de guía rudimentaria para orientarse en las ideologías del cambio social. Si, en la edad de oro de los *Cultural studies*, semejante reivindicación del enfoque cultural todavía podía ser privativa de una visión crítica de la sociedad, la situación ha cambiado. Los actores que se interesan ahora por las dimensiones culturales son tan diversos que el aspecto de resistencia frente a un orden social determinado ha sido relegado a un nivel subalterno. Se im-

puso, poco a poco, una noción de cultura instrumental, funcional para las necesidades de regulación social del nuevo orden mundial, bajo el peso de los nuevos imperativos de gestión simbólica de los ciudadanos y consumidores por los Estados y las grandes unidades económicas. Esta permanente superposición de sentidos hace que sea profundamente ambiguo cualquier enfoque de la o las culturas. Hay que ser cínico o angelical para desconocer, en el día de hoy, la ambigüedad fundamental de los *Cultural studies*. Su radicalismo teórico -que, a veces, coquetea con un radicalismo elegante- no impide su utilización por parte de publicitarios, empresarios o administraciones que buscan herramientas de dominación social que les sirvan para la conquista de nuevos mercados y públicos o para la puesta en práctica eficaz de políticas públicas y mecanismos de control social.

Vale la pena tomar en serio la imagen del *cultural turn* propuesta por Chaney, ya que se trata de algo más que una propuesta de moda efímera. Implica que las ciencias sociales, en una confrontación con la cultura que, a partir de ahora, les concierne a todas de un modo central, reivindican como asunto principal su dimensión crítica y no se limitan a pujar en subasta sobre sus objetos y los discursos en boga, sino que contribuyen efectivamente a poner a disposición de los agentes sociales -comenzando por los que están en desventaja en las relaciones de fuerza-, herramientas para entender el mundo social, e incluso -de acuerdo con una famosa onceava tesis- herramientas para cambiarlo, en vez de utilizarlo como objeto de glosas. Para luchar contra el peligro del *cultural engineering*, se necesitan un remozamiento de la reflexión crítica y nuevas articulaciones disciplinarias, con el fin de volver al momento crítico, a la capacidad abrasiva, incluso si semejante "giro" no garantiza las candilejas de las teorías in.

He aquí, para concluir, dos votos no necesariamente piadosos.

Primero, que los investigadores sepan reanudar los lazos con el espíritu empresarial que más merece ser ejercido dentro del *Alma Mater*, el de una crítica de todos los academicismos. Al marcar las distancias con la estatua del comendador Leavis, Williams, Thompson o Hoggart aceptaron el desafío de la ruptura y tomaron riesgos intelectuales dentro y contra la institución académica. Aunque la cultura de la herejía no constituye ninguna garantía de fecundidad científica, los peligros del academicismo elegante, sus connivencias cada vez menos secretas con los insípidos productos congelados del funcionalismo y del viejo empirismo son ahora suficientemente visibles como para invitar a la reacción.

Segundo, que los *Cultural studies* se interroguen sobre los desplazamientos de las fronteras disciplinarias, que se vuelven necesarios tanto por la evolución del mundo como por la de los territorios universitarios.

Sin nuevas modalidades interdisciplinarias, los *Cultural studies*, una vez institucionalizados, respetables y reducidos a una forma de vanguardismo en la crítica literaria, corren el riesgo de encerrarse en el proyecto megalómano de una ciencia de la cultura que fuese considerada como la ciencia social por antonomasia, como la ciencia-reina. Ya se sabe lo que ocurrió en Francia con un proyecto imperial semejante, impulsado sin demasiada modestia por quienes se agrupaban alrededor de *Tel Quel* y de la semiología estructuralista de los años sesenta. Después de haber dejado entrever algunas grandes promesas⁽²⁴⁾, la ciencia real que se anunció de esta forma acabó por dejar huellas tan duraderas como las de los castillos de arena. Determinados trabajos anglosajones minoritarios dejan entrever en qué podría consistir este redescubrimiento de una guerra del movimiento intelectual, que fuese capaz de romper los encierros y los conformismos que amenazan la disciplina. Así, trabajos recientes, como los de David Morley y Kevin Robins (1995), han emprendido la tarea de articular de un modo distinto los *Cultural studies* y la economía política de las comunicaciones, con la adjunción de los conocimientos de una cierta geografía cultural. Esta interdisciplinariedad es también la que interesa a Derek Gregory, al proponer una historia de las *Geographical Imaginations* (1993). La búsqueda de conexiones con la ciencia política y con la sociología de la educación y la familia permitiría abrir perspectivas renovadas y ampliarlas hasta tomar en cuenta los procesos de poder (bajo una versión diferente de la de su restricción-disolución en imperceptibles "micro-poderes") y hasta generar una reflexión sobre las modalidades contemporáneas de socialización, en un contexto de crisis de la institución escolar y de recomposición de las estructuras familiares.

El peso de la dimensión simbólica en los procesos de dominación social⁽²⁵⁾ abre a los *Cultural studies* un inmenso y estimulante campo de trabajo. Su contribución será tanto más fecunda en la medida en que logren retomar una voluntad crítica arraigada en importantes desafíos sociales, y renueven la imaginación interdisciplinaria, que fue la causa de su productividad. Esto implica, por supuesto, que se acabe con desviaciones que producen a veces la sensación de que Saatchi y Saatchi⁽²⁶⁾ sustituyeron a Gramsci en el rango de las figuras fascinantes.

(1) Así, Ien Ang (1996, p. 3) considera que la aparición de los *Cultural studies* se remonta sólo a mediados de los años setenta, con lo que sencillamente borra del mapa a la generación de los fundadores.

(2) Se encontrará en Lepennies (1991) un punto de vista interesante sobre las relaciones que, en aquel entonces, mantenían la crítica literaria con la perspectiva sociológica en el mundo universitario británico.

(3) En relación con la corriente *New Left*, Hall apunta: "surgió exactamente en el período de los años sesenta, en el que se producía una evolución capital en la formación de las clases. Un montón de gente estaba en transición entre las clases tradicionales. Había gente de origen popular que estaba escolarizada, por primera vez, en colegios y *art-schools*, que empezaba a tener acceso a empleos de ejecutivos, a convertirse en profesores, etcétera. La nueva izquierda estaba en contacto con gente que se movía de una clase hacia otra. Muchos de nuestros clubs estaban ubicados en ciudades nuevas, donde las personas habían recibido una mejor educación que la de sus padres, posiblemente trabajadores manuales, habían estudiado en la universidad y volvían convertidos en docentes" (en Morley y Kuan-Hsing Chen, p. 494).

(4) Un equivalente muy mejorado del Centro Nacional de Educación a Distancia francés.

(5) Revista de la cual no tardaron en apoderarse Perry Anderson y jóvenes intelectuales de Oxford, de un modo que los Thompson consideraron como golpista, para imprimirle, a partir de 1963, un perfil más universitario y utilizarla para dar a conocer investigaciones extranjeras innovadoras (por lo que respecta a todos esos episodios, ver Davies, 1993, 1995).

(6) Se debería también mencionar el peso de las personalidades del mundo cultural (Doris Lessing) que gravitan en los círculos frecuentados por los *Founding Fathers*.

(7) Sirven de muestra los textos de Cohen (1972) y de Hebdige, en Hall y Jefferson (1993).

(8) Sin embargo, cabe subrayar el paralelismo entre las fechas, puesto que, en 1964, Thompson consigue la creación, en la universidad de Warwick, de un departamento de investigaciones sobre la historia social (*labour research*).

(9) Entre los mediadores teóricos que contribuyen a renovar las problemáticas marxistas de la hegemonía, en Gran Bretaña, debe destacarse el papel que desempeña el argentino Ernesto Laclau, en la Universidad de Essex, quien contribuye también al conocimiento de las obras de Michel Pécheux.

(10) Hay que precisar que las referencias a Becker, por actuar bajo la modalidad de la adhesión y la complicidad intelectual, van acompañadas, en el caso de una parte de los jóvenes investigadores de Birmingham, por una suerte de afirmación de orgullo marxista (¿o radical distinguido?) que los lleva a señalar las insuficiencias de la sociología "burguesa". Así, en un artículo que con el paso del tiempo resulta bastante cómico, Geoffrey Pearson y John Twohig (en Hall y Jefferson, 1993) observan que Becker practica una suerte de imperialismo de la explicación sociológica, cuando insiste en la idea de aprendizaje en el fumador de marihuana (con ello los efectos fisicoquímicos quedan sustituidos por la sociología; por otra parte, ya que los porros le hacen tan poco efecto, se invita a Becker a cambiar de *dealer*), mientras se interpreta la opción constructorista aplicada a los aspectos privados de la vida cotidiana como un síntoma del miedo de la pequeña burguesía ante la penetración de la lógica capitalista en la vida familiar...

(11) Por lo que respecta a las influencias de los marxismos en los *Cultural studies*, ver la primera parte de Morley y Kuan-Hsing Chen (1996), especialmente el texto de Colin Sparks, *Stuart Hall, cultural studies and marxism*.

(12) El relativo perfil bajo de la sociología se desprende también de la comparación, efectuada por Tuchman (1995), entre las investigaciones sobre los medios de comunicación social en Gran Bretaña y Estados Unidos.

(13) Remitimos a los textos ya citados que versan sobre las subculturas. Pese a su riqueza, se encuentra en el de Cohen (1972) algunos rastros de miserabilismo, cuando se refiere al

desmantelamiento de la identidad obrera, que parece ser un hecho desde el principio de la década de los setenta. Por lo que respecta a Hedbig (en Hall y Jefferson, 1993), aunque elegante, su celebración de la modalidad no queda exenta de conivencias populistas.

(14) Le Grignou, B. "Les périls du texte", *Réseaux*, 80, noviembre-diciembre 1996.

(15) Cabe señalar, con fines comparativos, el debate que mantiene, desde hace diez años, la comunidad de los africanistas (los que están especializados en el África negra). Tras haber valorizado la "política desde abajo", propugnada por De Certeau, con la que se quería insistir en la fuerza subversiva de las tácticas populares de burla, resistencia pasiva y desviación carnavalesca de los ritos (ver Bayard, 1985), los africanistas acabaron por destacar hasta qué punto prácticas, inicialmente consideradas subversivas, también podían encerrar una parte de ambigüedad y aceptación de las relaciones de fuerza, y, a su vez, ser "recuperadas" luego por poderes capaces de invertir los estigmas asociados con ellas (Daloz, 1996).

(16) La entrada tardía de este último en los *Readers de Cultural studies* de los años noventa tampoco constituye ninguna garantía de "buen uso". La sorprendente descripción de los "campos", llevada a cabo por Simon During en la presentación general de la recopilación (1995, 10-11), permite darse cuenta de ello. "Para la *French Theory*, los individuos viven en entornos constituidos por diversas instituciones, o, por lo que podríamos denominar, de acuerdo con la terminología de Bourdieu, por "campos" -familia, trabajo, grupos de iguales, aparatos educativos, partidos políticos, etc.-. Cada campo adopta una forma material particular, ya que la mayor parte está vinculada con un espacio-tiempo determinado (el hogar privado para la vida familiar y gran parte de la recepción de los medios de comunicación social, los días de la semana para el trabajo)".

(17) Bourdieu invitó a Williams a presentar en la Escuela Normal Superior de París, en diciembre de 1976, *The Country and the City*, dentro del seminario organizado por aquel sobre "Sociología de la cultura y de las modalidades de dominación".

(18) Se encontrará un panorama útil de tales evoluciones en el libro de S. Moores (1993).

(19) No obstante, se debe señalar que tanto la opción etnográfica como la atención prestada a las dimensiones del "género" y la recepción en el hogar habían sido valorizadas antes por Dorothy Hobson, en su tesis *A Study of Working-Class Women at Home: Femininity, Domesticity and Maternity*. Parte de ella, referida a la radio y la televisión (*Housewives and the Mass Media*), ha sido publicada en Hall, Hobson, Lowe, Willis (1980). Por otra parte, en Francia y ya en 1969, Michel Souchon había llevado a cabo un agudo estudio empírico, en el que establecía una diferencia en la recepción de los programas de televisión (teatro, folletín) por adolescentes, según el tipo de formación, general o técnica.

(20) He aquí algunos títulos de obras publicadas bajo la dirección o la codirección de Dave Morley, que dan una idea de su fuerte compromiso con las luchas sociales relacionadas con los medios de comunicación: *What's This Channel Four- An Alternative Perspective*; *The Republic of Letters*; *Working-Class Writing and Local Publishing*; *Here is the Other News-Challenge to the Local Commercial Press*; *It Ain't Half Racist*; *Mum-Fighting Racism in the Media* (de P. Cohen). *Family Television* de Morley será uno de los últimos títulos de la serie publicada por Comedia, a la que absorbió Methuen, editorial que a su vez fue comprada por Routledge.

(21) Suelen depender de facultades del tipo *Arts and Humanities*, lo que institucionaliza la separación de la sociología, la vuelta hacia una forma de glosa y la celebración (post)modernista de las producciones culturales.

(22) El catálogo de Routledge, suerte de "órgano central" de esta movida académica, agrupa, bajo el título general de *Media and Cultural studies*, secciones como "Media and communication", "Broadcasting and the press", "Cultural studies", "Multicultural studies", "Visual culture", "Cinema", "Music", "Gender and culture", "Lesbian and Gay Studies", "Literature and culture", "Cultural heritage" y "Cultural skills" (Edición 1995).

(23) Se trata de otra evolución importante en los *Cultural studies*. En tanto antes eran grandes importadores de producciones teóricas extranjeras, ahora se han amoldado al provincianismo *mainstream* de las ciencias sociales anglosajonas y sólo recurren a autores extranjeros cuando sus obras están traducidas, con los desconocimientos y las inevitables consecuencias de "diferencia horaria" teórica que resultan de ello.

(24) De las que disociaremos, por supuesto, a autores como Barthes, Genette y Metz, que, por otra parte, no habían tardado en desmarcarse de las pretensiones más guiñolescas de las autoproclamadas vanguardias académicas.

(25) Neveu E., *Une société de communication?*, Montchrestien, 1994, pp. 133-153.

(26) Célebres publicistas británicos.

Stuart Hall (1932-)

De origen jamaicano, Stuart Hall proviene de una familia que él definió como *middle-class*. Se marcha de Jamaica en 1951 para proseguir sus estudios en Inglaterra. En Oxford, se relaciona tanto con los militantes nacionalistas de las naciones colonizadas como con la gente de la izquierda marxista, aunque no se afilia al Partido Comunista.

A partir de 1957, Hall desempeñará, junto con Charles Taylor, un papel protagonista en los inicios de la *University and Left review*. En la misma época, acepta un empleo de docente en una escuela secundaria de Brixton, en la que los alumnos provienen de medios populares. Desarrolla un proyecto pedagógico con el que intenta tomar en cuenta la realidad de sus costumbres culturales. Se establece entonces definitivamente en Gran Bretaña. Hasta 1961, Hall dedica la mayor parte de sus fuerzas a la revista y a las estructuras de la "nueva izquierda". Empieza luego a dar clases de comunicación social y cine en el Chelsea College de la Universidad de Londres. Publica en 1964, con Paddy, su primer libro, *The Popular Arts*, el cual versa, entre otras cosas, sobre el jazz. En el mismo año, Hoggart le pide que funde con él el Centro de Birmingham, cuya dirección asumirá cuatro años más tarde. Además de una ingente actividad como empresario científico e intelectual en Birmingham y en las revistas político-intelectuales -la más reciente es *Sounding*, a cuyo lanzamiento contribuye en 1995-, la obra de Hall se presenta primero bajo la forma de una muy abundante producción de artículos. Una parte significativa de la producción científica de Hall se presenta bajo la forma de un estudio sobre los conceptos, en especial, aunque no exclusivamente, una reflexión sobre la posible productividad de las herencias conceptuales del marxismo. No resulta fácil disociar los textos más directamente políticos de Hall de un supuesto componente meramente científico en su trabajo.

Stuart Hall forma parte, desde 1979, de la *Open University*, la estructura de formación permanente en el sistema universitario británico, la cual utiliza en una gran medida los medios audiovisuales para la enseñanza. Desempeñó, en la década de los ochenta, un papel muy importante en la revista *Marxism Today*.

Richard Hoggart (1918-)

Cualquier esbozo biográfico de Hoggart no puede sino remitir a *The Uses of Literacy*, por ser una descripción del mundo obrero en el cual transcurrió su infancia. Al final de la II Guerra Mundial, en la cual, tras haber sido movilizado, participa en la campaña de Italia, Hoggart entra en el mundo de la docencia. Primero es profesor en un departamento periférico de la Universidad de Hull y trabaja durante cinco años en las estructuras de formación para adultos del medio obrero (WEA). Muy influido por Leavis y la revista *Scrutiny*, acaba sin embargo por distanciarse de ellos, en especial bajo la influencia intelectual de Orwell, y por dedicarse de un modo más comprensivo y sin condescendencia a las culturas populares. Hoggart se convirtió en el autor de *Cultural studies* más conocido en Francia. Sin embargo, su producción científica se extiende más allá de estas obras, ya que escribió muchos artículos sobre las culturas populares y sus evoluciones, así como sobre la educación en Gran Bretaña (*Speaking to Each Other*, dos tomos, 1970; *Life and Time*, dos tomos, Chatto, 1988, 1990).

Entre los *Founding fathers*, Hoggart es el único que no tuvo un trato intelectual privilegiado con el marxismo histórico o político. Sus compromisos políticos son más discretos, más "liberales", que los de las demás figuras de los *Cultural studies*.

Hoggart fundó, en 1964, el Centre for Contemporary Cultural Studies de Birmingham, en el cual no tardó en hacer entrar a Stuart Hall. Se marchó del Centro a principios de los años setenta, para desempeñar, durante cinco años, el cargo de adjunto del director general de la UNESCO en París. A la vuelta, ocupa un cargo en el Goldsmith College de Londres y da la sensación de estar algo apartado y desvinculado de las evoluciones político-intelectuales de los *Cultural studies* de los años noventa.

Raymond Williams (1921-1988)

Nació en el País de Gales y su padre era ferroviario. Estudia en el Abergavenny Grammar School y en el Trinity College de Cambridge.

Participa en la II Guerra Mundial como capitán en las fuerzas anticarros blindados. Se le nombra luego tutor en la Oxford University Delegacy for Extra-Mural Studies. Publica, en 1958, *Culture and Society, 1780-1950*. En 1961, se lo elige *Fellow* en el Jesus College de Cambridge, y luego lector de inglés. En 1974, se lo nombra *Profesor of Drama* (había publicado, en 1966, *Modern Tragedy. Drama from Ibsen to Brecht*, y en 1970, *The English Novel from Dickens to Lawrence*, en el mismo centro de educación superior). Entre sus obras menos relacionadas con los estudios literarios figuran: *The Long Revolution* (1965), *The Country and the City* (1973), *Television: Technology and Cultural Forms* (1974), *Marxism and Literature* (1977), *The Sociology of Culture* (1981).

En *Culture and Society*, que sale un año después de la obra de Hoggart, traza la genealogía del concepto de cultura en la sociedad industrial, desde los románticos hasta Orwell. Al explorar el inconsciente cultural vehiculado por los términos "cultura", "masas", "muchedumbre" y "arte", Williams asienta los principios de una historia de las ideas que se confunde con una historia del trabajo social de producción ideológica. La problemática esbozada en esta primera obra será desarrollada luego en *The Long Revolution*. Su posición teórica es la que sintetizará en *Marxism and Literature*, reivindicando su proyecto de construcción de un "materialismo cultural".

Dicha idea maestra se reflejó tanto en su trabajo como cronista en *The Guardian*, como en su interés creciente por los medios de comunicación social en su arraigo histórico, como consta en su obra *Television: Technology and Cultural Form*. Ya en la década de los sesenta, en *Communications* (1962), tomó partido en el debate político, al proponer un control democrático sobre los medios de comunicación social dentro de un programa socialista.

Edward P. Thompson (1924-1993)

Como muchos universitarios heréticos de su generación, Thompson perteneció a una familia marcada tanto por la religión como por el cosmopolitismo. La vida profesional de Thompson empieza en el Yorkshire, como docente en un centro de educación permanente para adultos (*Workers Education Association*). Saca de este aprendizaje en contacto con un público obrero una sólida desconfianza hacia la historia oficial y la gran importancia que otorga tanto a la tradición oral como al reconocimiento de la dignidad de las culturas populares. Militante del Partido

Comunista, Thompson reside después de la guerra en Yugoslavia y Bulgaria. Rompe con el Partido Comunista en 1956 y se convierte en uno de los fundadores de la *New Left Review*.

Cabe describir el trabajo como historiador de Thompson, que arrancó con un estudio sobre William Morris, el fundador de la *Socialist League*. Su obra más famosa *The Making of the English Working Class*, un clásico en la historia social y en la reflexión sobre la socio-historia de un grupo social. Sus últimos trabajos son un recopilación de estudios sobre tipos populares de acciones de protesta, como el Charivari.

CULTURAL STUDIES: SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

La lista de títulos presentada aquí no pretende ser una de los mejores de los *Cultural studies*. Sólo constituye una propuesta de lectura de una serie de obras de referencia, que también puede servir para ponderar algunas obras significativas de esta corriente y sus evoluciones.

Richard Hoggart

The Uses of Literacy (Londres, Chatto y Windus, 1957).

Uno de los únicos grandes clásicos. Una etnografía comprensiva de la clase obrera.

Edward Thompson

The Making of the English Working Class (Londres, Penguin, 1968. 1ra. edición, 1963).

Un clásico de la historia "desde abajo", la cual llama la atención sobre las condiciones de cristalización de un grupo social.

Whigs and Hunters (Penguin, 1975).

De cómo el análisis de la caza furtiva en el siglo XVIII revela el universo cultural e ideológico de las comunidades rurales. Una hazaña intelectual.

Raymond Williams

Culture and Society (Chatto y Windus, 1958).

Una genealogía de la noción de cultura en las sociedades industriales. El zócalo de las problemáticas del autor relacionadas con el proyecto de "materialismo cultural".

Stuart Hall (Ed.)

Media, Culture, Language (Hutchinson, 1980. Con D. Hobson, A. Lowe y P. Willis).

Resistance through Rituals (Routledge, 1993. Con T. Jefferson).

Dos recopilaciones de textos salidos de los *working papers* del CCCS. Un compendio de las mejores producciones del Centro en la década de los setenta.

Paul Willis

Profane Culture (Routledge and Kegan Paul, 1978).

Una muestra, en el terreno etnográfico, de los aportes más estimulantes del Centro, referidos a las culturas jóvenes y populares.

Dick Hebdige

Subcultures. The Meaning of Style (Routledge, 1979).

El *best-seller* de la corriente. Una referencia central en la problemática de las subculturas.

Charlotte Brunson y David Morley

The Nationwide Audience (British Film Institute, 1978).

Ien Ang

Watching Dallas (Methuen, 1985. Reedición Routledge, 1995).

Dos momentos decisivos del "giro etnográfico".

Janice Radway

Reading the Romance (Verso, 1987).

Sobre la base de una literatura novelesca destinada a las mujeres, una muy rica contribución norteamericana y feminista que renueva la comprensión de las condiciones sociales en las que se da el placer de la lectura.

David Morley

Television and Cultural Studies (Routledge, 1992).

Un balance crítico de los años ochenta y el giro etnográfico.

Lawrence Grossberg

We Gotta Get Out of this Place: Popular Conservatism and Modern Culture (Routledge, 1992).

Una figura central entre los que emprendieron los *Cultural studies* en Estados Unidos intenta detenerse en el estudio de los vínculos complejos entre, por una parte, movilidad social y espacial, y por otra, incertidumbres respecto de la identidad.

David Chaney

The Cultural Turn (Routledge, 1994).

Una reflexión prolija y estimulante sobre el balance de los *Cultural studies*, el lugar ocupado por la cultura en las sociedades contemporáneas y las perspectivas de las ciencias sociales en su relación con dicho tema.

Ioan Davies

Cultural Studies and Beyond. Fragments of Empire (Routledge, 1995).

Sin duda el mejor balance crítico, junto con el libro de Brantlinger (*Crusoe's Footsteps*, Routledge, 1990), de los *Cultural studies*.

- Ang, I. *Watching Dallas*, Londres, Methuen, 1985.

- Ang, I. "The Battle between Television and its Audience: The Politics of Watching Television" en *Television in Transition*, Patterson R. y Drummond, P. (Eds.), Londres, British Film Institute, 1985.

- Ang, I. *Desperately Seeking the Audience*, Londres, Routledge, 1991.

- Ang I. *Living Room Wars: Rethinking Media Audiences for a Postmodern World*, Londres, Routledge, 1996.

- Ang, I. "Culture et communication: pour une critique ethnographique de la consommation des médias dans le système médiatique transnational", *Hermès*, n° 11-12, 1993, pp. 75-93.

- Bayard, J. F. "L'énonciation du politique", *Revue française de Science Politique*, 1985, 3, pp. 343-373.

- Beaud, P. *La société de connivence*, Paris, Aubier, 1984.

- Becker, H. *Outsiders*, Paris, AM Métallié, 1985 (1ª Ed. 1963).

- Blundell, V., Shepherd, J., Taylor, I. (Eds.). *Relocating Cultural Studies. Developments in Theory and Research*, Londres, Routledge, 1993.

- Bourdieu, P. y Passeron, J. C. "Sociologues des mythologies et mythologies des sociologues", *Les Temps Modernes*, n° 311, 1963.

- Brantlinger, P. *Crusoe's Footprints*, *Cultural Studies in Britain and America*, Londres, Routledge, 1990.

- Brunson, C. y Morley D. *Everyday Television: 'Nationwide'*, Londres, British Film Institute, 1978.

- Brunson, C. y et. al. (Eds.). *Feminism Television Criticism*, Oxford, Oxford University Press, 1997.

- Byatt, A. *Possession*, Londres, Chatto y Windus, 1978 (Trad. fr. Flammarion, 1993).

- Calhoun, C. "Indirect Relationships and Imagined Communities: Large Scale Integration and the Transformation of Everyday Life", pp. 95-121, en Bourdieu, P. y Coleman, J. (Eds.). *Social Theory for a Changing Society*, Boulder, Westview Press, Russel Sage Foundation, 1991.

- Carey, J. W. "The Origins of the Radical Discourse on Cultural Studies in the United States", *Journal of Communication*, 1983, vol. 33, 3.

- Center of Contemporary Cultural Studies, Women's Studies Group, *Women Took Issue*, Birmingham, 1978.

- Chaney, D., "Review Article: Sociological Studies of Culture", *Theory, Culture and Society*, 1981, 3, pp. 85-89.
- Chaney, D., *The Cultural Turn. Scene-Setting Essays on Contemporary Cultural History*, Londres, Routledge, 1994.
- Cohen, P., "Subcultural conflict and working-class community", *Working Papers in Cultural Studies*, 1972, 2.
- Collins, R., Curran, J., Garnham, N. *Media, Culture and Society: A Critical Reader*, Londres, Sage, 1986.
- Corner, J. "Studying Culture: Reflections and Assesments. An Interview with Richard Hoggart", *Media, Culture and Society*, vol. 13, 1991, pp. 137-151.
- Curran, J. "La décennie des révisions: la recherche en communication de masse des années quatre-vingt", *Hermès*, 11-12, 1993, pp. 47-74 (Original: "The New Revisionism in Mass Communication Research Reappraisal", *European Journal of Communication*, vol. 6, n° 2-3).
- Dahlgren, P. "What's the Meaning of This? Viewers' Plural Sense-Making of TV News", *Media, Culture and Society*, vol. 10, n° 3, 1988, pp. 285-301.
- Daloz, J. P. "Les ambivalences dans la caricature des dirigeants politiques: Illustrations africaines", *Mots*, n° 48, 1996, pp. 74-86.
- Davies, I. "Cultural Theory in Britain: Narrative and Episteme", *Theory, Culture and Society*, vol. 10, 1993.
- Davies, I. *Cultural Studies and Beyond. Fragments of Empire*, Londres, Routledge, 1995.
- Dixon, K. "Une revue 'radicale' d'hier: Marxism Today", *Liber*, n° 26, 1996, p. 15.
- During, S. *The Cultural Studies Reader*, Londres, Routledge, 1993.
- Eagleton, T. *Literary Theory: An Introduction*, Oxford, Blackwell.
- European Network for Cultural and Media Studies, *Nothing Bloody Stands Bill*, Annual Magazine, Amsterdam, 1991.
- Flichy, P. "Current Approaches to Mass Communication Research in France", *Media, Culture and Society*, 1980, 2.
- Frith, S. *Sound Effects: Youth, Leisure and the Politics of Rock'n'Roll*, Londres, Constable, 1983.
- Garnham, N. "Contribution to a Political Economy of Mass-Communication", *Media, Culture and Society*, 1979, I, 2.
- Garnham, N. y Williams, R. "Pierre Bourdieu and the Sociology of Culture: An Introduction", *Media, Culture and Society*, 1980, 3.
- Garnham, N. "Toward a Theory of Cultural Materialism", *Journal of Communication*, vol. 33, n° 3, 1983.
- Garnham, N. "Political Economy and Cultural Studies: Reconciliation or Divorce?", *Critical Studies in Mass Communication*, marzo 1995, pp. 62-71.
- Gilroy, P. *There Ain't no Black in the Union Jack*, Londres, Hutchinson, 1987.
- Gregory, D., *Geographical Imaginations*, Londres, Blackwell, 1993.
- Grignon, C. y Passeron, J. C. *Le savant et le populaire*, Seuil-Gallimard, 1989.
- Grossberg, L. *We Gotta Get Out of This Place: Popular Conservatism and Modern Culture*, Londres, Routledge, 1992.
- Grossberg, L. "The Space of Culture, the Power of Space" en *The Post-Colonial Question*, Chambers I. y Curti L. (Eds.), Londres, Routledge, 1996.
- Grossberg, L. "Cultural Studies vs. Political Economy: Is Anybody Else Bored with this Debate?", *Critical Studies in Mass Communication*, marzo 1995, pp. 72-81.
- Halloran, J. D., Elliot, P. y Murdock, G., *Demonstrations and Communication*, Harmondsworth, Penguin, 1970.
- Hall, S. "Codage-décodage", *Réseaux*, n° 68, 1994, pp. 27-39 (1ª Ed. 1977) (Original: "Encoding/Decoding", en Hall, Hobson, Lowe, Willis, ver libro citado *infra*).
- Hall, S., Critcher, S., Jefferson, T. *Policing the Crisis, 'Mugging', the State and Law and Order*, Londres, Macmillan, 1978.
- Hall, S., Hobson, D., Lowe, A. y Willis, P. (Eds.), *Culture, Media, Language*, Londres, Hutchinson, 1980.
- Hall, S., "The Empire Strikes Back", *New Socialist*, julio-agosto, 1982.
- Hall, S. y Jefferson, T. *Resistance through Rituals*, Routledge, 1993 (1ª Ed. 1975, Working Papers 7/8).
- Hall, S., *The Hard Road to Renewal. Thatcherism and the Crisis of the Left*, Londres, Verso, 1988.
- Hall, S. "Stitching Yourself in Place" in *The European Network for Cultural and Media Studies*, Annual Magazine, Amsterdam, 1991.
- Hall, S. y du Gay, P. *Questions of Cultural Identity*, Londres, Sage, 1996.
- Hebdige, D. *Subcultures, The Meaning of Style*, Londres, Routledge, 1979.
- Hirschman, A. *Exit, Voice and Loyalty*, Cambridge, Harvard University Press, 1970 (Trad. fr., 1972, Editions Ouvrières).
- Hoggart, R. *La culture du pauvre*, Minuit, 1970 (1ª Ed. Chatto and Windus, 1957) (Original: *The Uses of Literacy*, Londres, Chatto and Windus, 1957).

- Hoggart, R. *Speaking to Each Other. Vol One. About Society*, Londres, Pelican Books, 1973.
- Hoggart, R. 33, *Newport Street*, Gallimard-Seuil, 1991.
- Katz, E. "A propos des médias et de leurs effets" en *Technologies et symboliques de la communication*, Sfez, L. y Coutlée, G. (Eds.), Grenoble, PUG, 1990.
- Kureishi, H. *Le Bouddah de banlieue*, UGE 10/18, 1991 (1ª Ed. 1990).
- Kureishi, H. *The Black Album*, Londres, Faber and Faber, 1995.
- Lash, S. y Urry, J. *Economies of Signs and Spaces*, Londres, Routledge, 1994.
- Latour, B. *La science en action*, La Découverte, 1989 (1ª Ed. 1987).
- Le Grignou, B. "Les périls du texte", *Réseaux*, 80, noviembre-diciembre 1996.
- Lepennies, W. *Les trois cultures*, Ediciones de la MSH, 1991.
- Liebes, T. y Katz, E. *The Export of Meaning. Cross-Cultural Readings of Dallas*, Oxford, Oxford University Press, 1991.
- Lodge, D. *Small World*, Londres, Martin Secker y Warburg, 1984.
- Lull, J. *World Families Watch Television*, Sage, 1986.
- Mattelart, A., Mattelart, M. y Delcourt, X. *La culture contre la démocratie? L'audiovisuel à l'heure transnationale*, La Découverte, 1983. (Mitre, Barcelona, 1984).
- Mattelart, A. y Mattelart, M. *Penser les médias*, La Découverte, 1986. (Fundesco, Madrid, 1987).
- Mattelart, A. *L'Internationale publicitaire*, La Découverte, 1989. (Fundesco, Madrid, 1989).
- Mattelart, A. *La Communication-monde*, La Découverte, 1992. (Fundesco, 1993).
- Mattelart, A. *La Mondialisation de la communication*, PUF, "Que sais-je?", 1996 (Paidós, 1998).
- Mc Guigan, J. *Cultural Populism*, Londres, Routledge, 1992.
- Meiksins Wood, E. "The Uses and Abuses of 'Civil Society'" en Miliband, R. y Panich, L. *The Retreat of Intellectuals*, Londres, Merlin Press, 1990.
- Mellor, A. "Discipline and Punish? Cultural Studies at the Crossroads", *Media, Culture and Society*, vol. 14, 1992, pp. 663-670.
- Morley, D. *Family Television, Cultural Power and Domestic Leisure*, Londres, Comedia, 1986.
- Morley, D. "The Consumption of Media", Reseña de Liebes y Katz, "The Export of Meaning", *Journal of Communication*, 1991, 2, pp. 202-205.
- Morley, D. *Television Audiences and Cultural Studies*, Londres, Routledge, 1992.
- Morley, D. "Active Audience Theory: Pendulums and Pitfalls", *Journal of Communication*, 1993, 4, pp. 13-19.
- Morley, D. y Robins, K. *Spaces of Identity*, Londres, Routledge, 1995.
- Morley, D. y Kuan Hsing Chen, (Eds.). *Stuart Hall. Critical Dialogues in Cultural Studies*, Londres, Routledge, 1996.
- Moores, S. *Interpreting Audiences*, Londres, Sage, 1993.
- Mosco, V. *The Political Economy of Communication*, Londres, Sage, 1996.
- Murdock, G. "Across the Great Divide: Cultural Analysis and the Condition of Democracy", *Critical Studies in Mass Communication*, marzo 1995, pp. 89-95.
- Negt, O. y Kluge, A. "The Proletarian Public Sphere" en Mattelart, A. y Siegelau, S. (Eds.). "Communication and Class Struggle", vol. 2, Nueva York-Bagnolet, IG/IMMRC, 1983, pp. 92-94.
- Neveu, E. "Socio-styles, une fin de siècle sans classe", *Sociologie du Travail*, 1990, 2, pp. 137-154.
- Neveu, E., *Une société de communication?*, Montchrestien, 1994.
- Passeron, J. C. "Littérature et sociologie: retour sur Richard Hoggart", en *L'art de la recherche*, Memger, P. M. y Passeron, J. C. (Eds.). La Documentation Française, 1994, pp. 278-301.
- *The Polity Reader in Cultural Studies*, Cambridge, Polity Press, 1994.
- Roach, C. "Cultural Imperialism and Resistance in Media Theory and Literary Theory", *Media, Culture and Society*, 1997, 1, pp. 47-66.
- Rushdie, S. *Haroun and the Sea of Stories*, Londres, Granta Books, 1990.
- Saville, J. "Marxism Today: an Anatomy", en *The Retreat of the Intellectuals*, Miliband, R. y Panitch, L. (Eds.), Londres, Merlin Press, 1990.
- Seaman, W. "Active Audience Theory: Pointless Populism", *Media, Culture and Society*, vol. 14, 1992, pp. 301-311 (traducido en *Dossiers de l'audiovisuel*, n° 199, pp. 16-18).
- Schiller, H. *Mass Communication and American Empire*, Boston, Beacon Press, 1969.
- Schiller, H. *Communication and Cultural Domination*, White Plains (NY), Sharpe, 1976.
- Schiller, H. *Information Inequality. The Deepening Social Crisis in America*, Londres, Routledge, 1996.
- Schields, R. *Lifestyle Shopping. The Subject of Consumption*, Londres, Routledge, 1992.

- Souchon, M., *La télévision des adolescents*, Editions Ouvrières, 1969.
- Thompson, E. P. *William Morris: From Romantic to Revolutionary*, Londres, Merlin, 1977 (1ª Ed. 1955).
- Thompson, E. P. *The Making of the English Working Class*, Penguin, 1968 (1ª Ed. 1963).
- Thompson, E. P. *The Poverty of Theory*, Nueva York, Monthly Review Press, 1978.
- Thompson, E. P. *Whigs and Hunters*, Harmondsworth, Penguin, 1975.
- Thompson, E. P. "Conversations with M. Merrill", *Radical History Review*, mayo 1976.
- Thompson, E. P. *Customs in Common*, Londres, Harmondsworth, Penguin, 1995 (1ª Ed. 1991).
- Thompson, J. B. *The Media and Modernity. A Social Theory of the Media*, Londres, Polity Press, 1995.
- Tomlinson, J. *Cultural Imperialism: A Critical Introduction*, Londres, Pinter, 1991.
- Tuchman, G. "Mass Media Institutions" en Smelser N., Ed., *Handbook of Sociology*, Sage, Londres, 1995, pp. 601-626.
- Wermuth, M. "Meanwhile, at the Other Side of the Ocean", en *European Network for Cultural and Media Studies*, Annual Magazine, Amsterdam, 1991.
- White, W. *Street Corner Society*, Chicago, University of Chicago, 1943 (Trad. fr. La Découverte, 1995).
- Williams, R. *Culture and Society*, Nueva York, Harper and Row, 1996 (1ª Ed. 1958).
- Williams, R. *The Long Revolution*, Harmondsworth, Penguin, 1965.
- Williams, R. "Publicité: le système magique", *Réseaux*, 42, julio-agosto 1990, pp. 73-85.
- Willis, P. *Learning to Labour: How Working Class Kids Get Working Class Jobs*, Nueva York, Columbia University Press, 1977.
- Willis, P. *Profane Culture*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1978.